

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

LA CRISIS DEL ESTADO-NACIÓN

“La nación y el Estado nacional. En el umbral del nuevo siglo”,
de Gurutz Jáuregui. Centro de Estudios Constitucionales,
Madrid, 1990. 101 págs.

La cantidad de publicaciones sobre una temática similar que se han editado en los últimos años muestran la relevancia del tema y revalorizan el interés de esta obra que acaba de llegar a nuestras manos.

Se trata del número 24 de los Cuadernos y debates que publica el importante Centro de Estudios Constitucionales de España, con sede en Madrid, y reproduce en este caso el tema de un seminario realizado en el mismo Centro pocos meses antes y que demuestra la actualidad del mismo. El trabajo se debe a una investigación que viene realizando el autor y que también cristalizó pocos años antes en la obra *Contra el Estado-nación. En torno al hecho y la cuestión nacional*.

Este interesante ensayo parte de una premisa —hoy casi evidente— cual es la refundación del actual orden político mundial con motivo del acelerado desarrollo tecnológico y las transformaciones surgidas de la universalización económica y cultural de nuestro mundo; y una de las estructuras políticas más importantes a las que afecta esta transformación es el Estado nación, que ósegún el autor, y en ello coincide desde otra óptica con la obra de Negro Pavón reseñada en el número 3 de esta revista parece condenado a dejar de ser el eje del sistema político.

Jáuregui afirma —en nuestra opinión coherentemente— que el Estado nación surgió en pleno Renacimiento, y aclara que sucedió a partir de “una serie de viejas formaciones sociales y colectividades territoriales”, que se subsumieron en estructuras políticas más amplias: los Estados nacionales. Estima que esta misma situación se repite en la actualidad con respecto a estos últimos. En nuestra opinión de historiadores, consideramos que faltaría agregar que dichos Estados nacionales ocuparon el espacio y son óen gran medidaó el resultado del anquilosamiento de los poderes universales óeminentemente medievalesó como el Imperio y la Iglesia... pero no implican una ruptura con lo anterior ni son un invento moderno, sino una continuidad transformada.

Coincidimos con el autor cuando agrega que este proceso se produjo con errores: “un problema que no fue debidamente resuelto en el momento de la formación de los Estados nacionales” (p. 46) y creemos que ello ocurrió en la mal llamada Edad Media, donde pueden rastrearse algunas fallas geopolítico históricas (ver nuestras observaciones sobre el tema con motivo de la crisis yugoslava en *El eslabón más débil de Europa*, en *La Nueva Provincia* del 25-2-1992).

Para Jáuregui no caben dudas de que deberán construirse nuevas formas de organización jurídico política (supranacionales), pero observa criteriosamente que “esta Europa no puede construirse contra las naciones y regiones, ni siquiera al margen de ellas, sino que debe constituir el crisol resultante de ese variado, complejo y rico acervo social y cultural de las diferentes colectividades que componen la sociedad europea” (p. 13). La necesidad de preservar esta variedad peculiar de cada pueblo ha sido asimismo rescatada por el Santo Padre en varios discursos recientes.

El trabajo que reseñamos comienza por una lograda síntesis de la génesis doctrinal de la nación y el Estado nacional modernos en la que destaca dos corrientes que prefiguran —en su opinión— los Estados nacionales: la corriente pactista roussoniana de la “voluntad general” y la corriente etno culturista alemana de la nación como comunidad (el *volksgeist*), vinculadas a través de Montesquieu. Afirma que fue a partir de Rousseau que “la nación —entendida como patria— dejó de ser la tierra de los ancestros o el lugar de nacimiento para convertirse en las leyes, costumbres, usos y gobierno del territorio. Así comenzó a operar en contra de las viejas naciones.

Más adelante, Jáuregui analiza cómo la nación pasó a convertirse casi inadvertidamente en el “Estado nacional”, hipertrofiado o exacerbado por la concepción “divina” hegeliana. Con el pensador alemán óañadeó la fusión se convirtió en confusión.

La transformación que describe continuó con el Estado absoluto del Antiguo Régimen y el Estado liberal de derecho de raíz

inglesa, mediante un centralismo cada vez más acentuado por el cual el Estado moderno pasó del patrimonio del monarca al patrimonio del pueblo para concluir, a partir del proceso iniciado con Napoleón, en poder de una élite financiero burocrática. El romanticismo político (ver nuestro *El romanticismo político*, en la *Revista de Historia Contemporánea*, Universidad de Sevilla, nº 4, diciembre de 1985), necesitado de obediencia, debió doblegar la fidelidad al monarca y a la tierra y crear nuevas lealtades por medio de fidelidades superadoras: un verdadero "culto sacral" a la nación... y al Estado (el mito del Estado de Casserier a través de la tricolor, los gorros frigos y el altar a la patria). A su vez, el sentimiento nacional se expandió con las tropas napoleónicas y la *gloire de France* invadió Europa preparándose al feroz enfrentamiento con el *Deutschland über alles* de la guerra franco prusiana y al "suicidio de Europa".

Además, a partir de 1848 y especialmente en la Gran Guerra —o Primera Guerra Mundial— y en contra de las previsiones socialistas, el nacionalismo —que se hizo revolucionario y progresista— prevaleció sobre el internacionalismo proletario, y luego se hizo burgués y estatista. "El nacionalismo así entendido va a trascender a la propia burguesía y se va a universalizar, enraizándose tanto en la conciencia de la clase obrera europea, como posteriormente en el ámbito de los movimientos de liberación anticolonialista a lo largo de todo el Tercer Mundo" (p. 35). Tal la sugestiva síntesis de Jáuregui.

Después de una breve referencia al marxismo, el autor analiza el resurgimiento de la "cuestión nacional" en la sociedad actual, un tema de moda que trata en su libro anteriormente citado, echando por tierra las tesis marxista y liberal de que "la nación constituye una formación histórica intrínsecamente ligada al advenimiento y consolidación de la burguesía como clase social dominante" (p. 45/6). Coincidimos con él cuando advierte que "no se puede confundir el hecho nacional en sí con algunas de sus manifestaciones históricas. La nación moderna, surgida a partir de la Revolución Francesa, constituye tan sólo una de las formas históricas de expresión del hecho nacional" (p. 46).

Entre las distintas ideas que el autor rescata y que nos parece de importancia destacar señalemos que reivindica las diferencias y afirma la necesidad de reconocerlas y aceptarlas, como asimismo rescatar los grupos intermedios.

Jáuregui defiende la necesidad de redefinir la nación —tesis que hemos defendido en diferentes oportunidades— sin otorgarle un carácter inmutable (esencialista, a-historicista: la historia nos demuestra que las naciones mueren o se suicidan), pero conservando la complejidad de los valores heredados. Para el autor, cabe superar la falsa dialéctica entre consenso de voluntades y comunidad de

culturas (la cultura no es estática), ya que ósegún defiendeó éstas, pese a que parten de teorías filosóficas distintas, no son antagónicas pues, partiendo de una posición realista, resulta evidente que una nación se sustenta tanto en el consentimiento como en factores culturales.

Todo ello le lleva, en el contexto de la historia europea en que se maneja, a plantearse el gran interrogante actual: ¿qué colectividades tienen derecho a constituirse en naciones?

El autor considera que “la crisis del Estado nación no implica una crisis del poder considerado en abstracto, sino una crisis de credibilidad de una determinada forma de organizar el poder” (p. 77) y por ende, una “teoría de la nación carece de sentido si no va acompañada de una teoría de las formas jurídico políticas a través de las cuales organizar las naciones, no sólo en el ámbito doméstico sino también en lo referente a su mutua interrelación, o incluso, como ocurre en el caso europeo, a su integración” (p. 94).

Jáuregui —ante la crisis de legitimación y transnacionalización (pérdida de soberanía), especialmente en el plano militar y de defensa— no duda en la necesidad de una reestructuración jurídico política, pero es consciente del riesgo de un “macro Estado nacional” y de la pérdida de identidad, agravada por los embates de los grupos internos anti nacionales.

Por ello, y siempre teniendo presente la situación centroeuropea, se inclina por defender el principio de autodeterminación de los pueblos y en ese contexto propone una variante federalista, que defiende como el nuevo modelo para Europa.

Más allá del disenso que podamos tener con muchas de sus posiciones óy la coincidencia con otrasó se trata de un interesante conjunto de reflexiones sobre un tema de gran actualidad y que hace rato nos convoca para un estudio detallado.

FLORENCIO HUBEÑAK

LA UTOPIA DEL MAÑANA

“Los utópicos post-industriales”, de Boris Frankel. Ed. Alfons el Magnanim, Generalitat Valenciana, 1989. 260 págs.

La Generalitat Valenciana ha iniciado con mucho brío la publicación de una serie de importantes obras vinculadas con el mundo contemporáneo. A esa serie pertenece la obra que nos ocupa. Su autor es conocido en el ambiente anglo sajón por diversos escritos sobre temáticas socio-políticas y ejerce la docencia en Sociología en el Victoria College de Malvern (Australia).

En otro aspecto, las cuestiones vinculadas con la utopía han retomado su importancia en el pensamiento actual. Baste señalar que recientemente el Centro de investigaciones sobre la Utopía de la Universidad de Lecce —que dirige el colega Arrigo Colombo— ha dedicado las jornadas al tema del *Crollo del comunismo sovietico e ripresa dell'utopia*.

Pero los estudiosos de la temático utópica en general —y los politicólogos en particular— no habían analizado cuidadosamente la opción de una utopía post-industrial. Este es el tema que ha encarado Frankel.

El autor comienza aceptando el surgimiento de una nueva era histórica, como lo propugnan desde distintas perspectivas autores renombrados como George Lichteim, Herman Kahn, Keneth Boulding, Daniel Bell, Peter Drucker, Ralph Dahrendorf o Zbigniew Brzezinski.

Pero, después de una breve revista a las diferentes posiciones, Frankel señala que no es su objetivo estudiar las escuelas de pensamiento político post-moderno ni las opciones de la “derecha” al “desafío post-industrial”, sino encontrar una respuesta “socialista” a la premisa que los partidos de izquierda han quedado atascados en sus ideas y soluciones.

Para llevar adelante su investigación, ha concentrado su atención en algunos autores menos popularizados de la “izquierda eco-socialista” (no comunista) como son el disidente alemán Rudolf Bahro (autor de *La alternativa*), el post-marxista austriaco André Gorz (autor de *Estrategia obrera y neocapitalismo y Adiós a la clase obrera*), el laborista australiano Barry Jones (autor de *Sleepers, Wake!*) o —desde otra posición mucho más ecléctica— el ex-marxista e internacionalmente popularizado Alvin Toffler (autor de *El shock del futuro, La tercera ola* y recientemente *El cambio del poder*), preguntándose sobre la viabilidad de sus propuestas anti-capitalistas. El mismo afirma que “independientemente de que las diversas alternativas económicas, políticas y culturales propuestas por los utópicos post-industriales sean reformistas o revolucionarias, es urgente discutir seriamente su viabilidad” (p. 22/3).

Una referencia especial merece el capítulo dedicado a estudiar las contradicciones culturales de la sociedad post-industrial, en el que se percibe claramente la influencia del neoconservador Daniel Bell.

Cabe aclarar que la obra no consiste en un análisis de una economía post-industrial alternativa ni tampoco es una defensa del llamado “Estado de bienestar” rescatando, en cambio, la importancia de algunos temas semi-olvidados como los problemas de las mujeres, los ancianos, niños y pobres en las sociedades contemporáneas.

Después de examinar la viabilidad de las alternativas económicas, de bienestar social y de defensa descentralizadas, no burocráticas, no agresivas y cooperativas, el siguiente objetivo de la obra consiste en analizar la naturaleza de las relaciones culturales y políticas alternativas propuestas por estos utópicos.

Asimismo Frankel no se queda, como muchos intelectuales, en un plano meramente idealista, sino que estudia una política de transición hacia la sociedad post-industrial.

A través de su obra aparecen temas de gran importancia y actualidad como el bienestar social, la ecología, el post-modernismo, la tecnocracia o el militarismo como cuestiones que no pueden omitirse al intentar —como los escritores analizados— construir “¿utópicamente?” unas instituciones políticas alternativas de los Estados de bienestar, del capitalismo salvaje y de los complejos militares-industriales.

Boris Frankel no duda que esta utopía es realizable, que conforma una “tercera vía”, pero parece no recordar la amarga experiencia comunista del costo que significó hacer realidad la utopía de “fabricar un hombre nuevo soviético”.

La lectura de su obra nos permite avizorar otro panorama de la actualidad, que generalmente nos resulta totalmente ajeno.

FLORENCIO HUBENÁK

ALGO MÁS SOBRE UTOPIAS

“Historia de la literatura utópica”, de Raymond Trousson. Ed. Península, Barcelona, 1995. 380 págs.

Desde que Tomás Moro escribiera su célebre Utopía —mezcla de novela, crítica social y modelo político de sociedad ideal— la literatura utópica se convirtió en un camino cada vez más transitado, a la vez que múltiples especialistas comenzaron a discutir sobre qué debía entenderse verdaderamente por la utopía: un ideal, una crítica, una fantasía...

Tampoco faltaron sociólogos interesados en demostrar —con argumentos más o menos valederos o interesantes— que este tipo de literatura surgía en momentos de profunda crisis social y consistía en una especie de escapismo ante la imposibilidad de modificar la realidad.

Entre la cantidad de literatura sobre el tema nos sigue pareciendo insuperable el meduloso estudio de Thomas Molnar denomi-

nado El utopismo, la herejía perenne (Bs. As., EUDEBA, 1970), como también hacer referencia a la importante producción del Grupo di ricerca sull'utopia de la Universidad de Lecce que dirige el colega Arrigo Colombo, cuyo Utopia e distopia resulta un análisis indispensable para los politicólogos.

Todos esos aspectos facilitaron la aparición de cantidad de obras, cuya sola enumeración superaría el espacio de esta reseña. Hace poco más de una década Frank y Fritzie Manuel publicaron una voluminosa obra (El pensamiento utópico en el mundo occidental, Madrid, Ed. Taurus, 1984, 3 vol.) que parecía reunir todo lo que podía decirse sobre la utopía.

Raymond Trousson —doctor en Filosofía y Letras, docente de la Universidad Libre de Bruselas y autor de esta obra— se lanzó a redactar esta buena síntesis, quizás para demostrarnos que no era así. Y —en parte— tuvo éxito.

De todas maneras cabe señalar que esta obra apunta a interpretar el pensamiento utópico como una respuesta literaria de la imaginación, recorriendo un largo camino que parte de esa Antigüedad greco-romana que estudiara detalladamente John Ferguson (Utopias of the Classical World, London, 1975) y recientemente — desde una óptica más moderna: el imaginario— nuestro amigo Hugo Bauzá (El imaginario clásico. Edad de oro, utopía y Arcadia, Universidad de Santiago de Compostela, 1993) y donde se ocupa de autores menos citados como Hipodamos, Teopompo, Evémero o Anometo. Luego el autor se deleita con los humanistas del Renacimiento (Moro, Campanella, Bacon, aunque también Patrizi, Agostini, Zuccolo o Burton) para ingresar en los pre-ilustrados ingleses y franceses. Al ojear la obra no caben dudas que la especialidad de Trousson es el Siglo de las Luces, y el capítulo que le dedica es el más significativo de todo el libro. Al analizar el siglo XIX los utópicos surgen como alejados del socialismo, denotando la formación literaria del autor. Finalmente, al referirse al siglo XX, incorpora a los escritores de “ciencia ficción” (Bradbury, Capek) sin descuidar la nómina tradicional (Wells, Jünger, Huxley, Zamiatan, Orwell), a la que añade algunos menos citados.

Una vez más nos llama la atención el descuido total de la llamada Edad Media, generalmente ajena a los estudiosos de las utopías con la excepción de la importante —pero poco difundida— obra del venezolano Isaac Pardo (Fuegos bajo el agua. La invención de la utopía, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1990) orientada hacia “la esperanza mesiánica”, en la que dedica toda la cuarta parte al Medioevo, incluyendo a Joaquín del Fiore, el país de Cucaña, los tafures y el Roman de la Rose junto a las herejías cátaras y a otras “formas de evasión”. Por si alguna duda quedara de la casi inexplo-

rada riqueza medieval en este tema, baste consultar el estudio de Vladimir Acosta (*Viajeros y maravillas*, Caracas, Monte Avila, 1992, 3 vol.).

Como es bien sabido por quienes se atrevieron a internarse en el “mundo de las utopías”, la temática es interminable y apasionante, no sólo por introducirnos en el complejo mundo de lo imaginario, sino porque también nos permite apreciar claramente la a veces peligrosamente confusa diferencia entre la utopía y la realidad.

Por ello, aunque el autor subtitule su obra *Viajes a países inexistentes*, se refiere a un tema cada vez más real. Nosotros — habitantes del siglo XX — hoy sabemos perfectamente que la utopía puede convertirse en realidad... por la fuerza... como también conocemos su costo... Baste releer el estudio de Michel Heller (*El hombre nuevo soviético*, Barcelona, Sudamericana-Planeta, 1985). Por otra parte, los citados investigadores de Lecce nos han demostrado que la utopía sigue plenamente vigente y aún en el campo de la política más afín a nuestro interés. Prueba de ello es el resultado de su último seminario (Colombo, Arrigo. *Crollo derl comunismo sovietico e ripresa dell'utopia*, Bari, Dedalo, 1994). Como introducción a este tema, el libro de Trousson es una adecuada síntesis.

FLORENCIO HUBEÑÁK

LA HERESÍA PERENNE

“La utopía desarmada. Intrigas, dilemas, y promesas de la izquierda en América Latina”, de Jorge Castañeda.
Ed. Ariel, Buenos Aires, 1994. 526 pág.

“La guerra fría ha terminado y el bloque socialista se derrumbó. Los EE.UU. y el capitalismo triunfaron. Y quizás en ninguna parte ese triunfo se antoja tan claro y contundente como en América Latina. Nunca antes la democracia representativa, la economía de libre mercado y las efusiones oportunistas o sinceras de sentimiento pro norteamericano habían poblado con tal persistencia el paisaje de una región donde antaño hombres y mujeres del mundo entero depositaron su fe revolucionaria en un ideario, a partir de otra victoria: la revolución cubana. Hoy, a los países de esa misma región los gobiernan tecnócratas o empresarios conservadores y fanáticos de EE.UU., casi todos elevados al poder —hecho inédito en el continente— por vía del voto... De ahí la pregunta: si en la América Latina de la posguerra fría la izquierda carece de peso y pertenen-

cia, ¿para qué perder el tiempo en ella, y mucho menos dedicarle un libro entero ?”

Con estas palabras comienza su libro Jorge Castañeda, filósofo mexicano y autor de numerosas obras, entre ellas: *El economismo dependientista* (1978) y *Nicaragua: contradicciones de una revolución* (1980), muy cercano en el pasado a movimientos guerrilleros de centroamérica y vinculado actualmente al Partido Revolucionario Democrático de Cárdenas. Con esta obra busca polemizar con la izquierda latinoamericana para que, sepultando el fracaso revolucionario, vislumbre el prometedor espacio político que pueda ocupar en el mundo de la posguerra fría.

El tema no es para nada fácil. Con la caída del mundo socialista se derrumba el paradigma de izquierda vigente durante años y se instala en el panorama político latinoamericano una marea neoliberal que trae a cuestras la liberalización comercial, la seducción de la inversión extranjera, la primacía del mercado, etc. No obstante, el continente presenta una realidad en sumo paradójica, pues al tiempo que la mentada marea conlleva un terreno ideológico adverso para las fuerzas de izquierda, sociopolíticamente las mismas tienen un amplio potencial de desarrollo si se adaptan a los nuevos tiempos. Esta tesis se basa en lo siguiente: si bien América Latina no fue ajena al derrumbe socialista, sus principales indicadores socioeconómicos no cambiaron. Está modernizada y occidentalizada, pero el abismo que la separa del primer mundo le impide incorporarse al mundo posmoderno y posizquierda-derecha. Como apunta Carlos Fuentes: “Lejos de disolverse en el capitalismo triunfante... donde la distinción entre izquierda y derecha se vislumbra más necesaria es en nuestra América Latina” (pág. 20). Por tanto, si la utopía de la izquierda se *aggiorna* —sin perder el rumbo y el espíritu— podrá desempeñar un papel central en la transformación de un continente que tenía en 1990 240 millones de personas viviendo en la pobreza.

El *aggiornamento* parecería ser la condición de ingreso a la vida política coetánea que debe cumplir la antigua izquierda, tanto en América Latina como en Europa Central (ver *Triunfa en el Este la izquierda aggiornada*, en *Clarín* del 19-12-95). Ya había sucedido lo propio con el Partido Laborista británico (ver *Los laboristas se alejan del marxismo*, en *Clarín* del 16-5-95) y los intelectuales marxistas en EE.UU. (ver *Sexo, raza y justicia social, el tema del marxismo de hoy*, en *LA NACIÓN* del 6-9-94).

Empero, si hay algo que especifica a la izquierda de estas latitudes respecto de la del viejo continente es la pluralidad de realidades que refleja o debe reflejar, de modo que definirla resulta un tanto problemático. Esta disparidad de realidades con la que se

enfrenta el autor lo llevan a proponer una clasificación por demás interesante. Si nos atenemos a criterios ideológico-políticos, la izquierda latinoamericana se divide en cuatro vertientes: partidos comunistas, populismos nacionalistas, organizaciones político militares, y partidos reformistas. A esto se suma una clasificación que, orientada hacia criterios funcionales, abarca tanto a la izquierda social como a la izquierda intelectual.

Seis son, pues, las líneas políticas que conforman el espectro político de la izquierda en el continente. Historias y realidades distintas, a las cuales Castañeda dedica cinco capítulos de su obra para analizarlas (capítulos II al VII).

Hasta la revolución cubana, la historia de la izquierda en Latinoamérica era una crónica de los conflictos entre los PC y los movimientos nacional-populares que emergían en el continente como producto de la combinación de líderes carismáticos con organizaciones de masas. Los ejemplos son hartos conocidos: Cárdenas en México, Perón en Argentina, Getulio Vargas en Brasil y el partido APRA de Haya de la Torre en Perú. Los PC hacen su aparición luego de la Revolución Rusa y de la formación de la IIª Internacional, con seguidores entre los trabajadores urbanos y dirigidos por intelectuales inmigrantes, no alcanzaron —salvo excepciones— éxitos electorales, pues el talento que poseían para unir a sus opositores lo olvidaban a la hora de cooptar voluntades para su causa. Era un híbrido en la región, pues obraba según los dictados del Komintern que actuaba en función de los equilibrios de fuerza en Europa y Asia.

Respecto a los movimientos populares, sus principios básicos consistían en la redistribución del ingreso —a través de la incorporación al sistema político de las masas populares—, la intervención del Estado en la economía y la afirmación de la soberanía nacional. Según Alain Touraine, el populismo representó el viejo anhelo latinoamericano de "...cambio con continuidad, sin ruptura violenta..." (pág. 45). El legado político, social y económico de este movimiento perduró hasta algunos años atrás.

Una de las partes más interesantes del libro se encuentra en los capítulos que abordan la cuestión de la línea revolucionaria de la izquierda latinoamericana. El valor de esas líneas radica en el hecho que Castañeda —hombre de izquierda— brinda al lector importante información sobre la guerra revolucionaria desatada en el continente. Información que —hasta el momento— llevaba a grupos el sambenito que la consideraba un fantasma inventado por los actores de la contrainsurgencia para justificar la represión. En estas páginas se traen a comento hechos como el accionar concreto de lo que luego a ser —según palabras del propio autor— "uno de los

aparatos de inteligencia más logrados del mundo" (pág. 59), léase: la Dirección General de Inteligencia cubana. Sus operaciones en América Latina —particularmente en México, Nicaragua y Chile— se detallan con frases como la siguiente: "Los cubanos se volverían parte integral de muchas organizaciones, armadas y civiles, moderadas y extremistas, directamente políticas y parapolíticas: diarios, prensa, grupos de estudiantes y académicos" (pág. 71). La revolución cubana marca un antes y después en la izquierda del continente, pues hasta entonces la revolución era una idea romántica y remota; a partir del '59 pasó a ser una realidad factible de alcanzar: solo necesitaba esfuerzo... y sangre.

Castañeda no esquiva el bulto de un tema altamente complejo: el maridaje entre las organizaciones revolucionarias —en especial el M19 y Sendero Luminoso— con el narcotráfico, y su conexión con Cuba. El autor, como en toda la obra, aporta fechas, nombres, lugares, documentos, etc., que apoyan sus dichos. Esta religación se hace claramente ostensible en el caso de Sendero Luminoso. Sendero resuelve el problema de todo grupo guerrillero: la financiación, pues se convierte en una suerte de organización protoestatal al punto de cobrar impuestos y derechos aduaneros a los traficantes de las regiones que controla.

De las cuatro líneas, la que corresponde a la reformista obrará como modelo de la nueva izquierda, por tanto su análisis lo dejaremos para el final de esta reseña.

Restan aun dos vertientes de la izquierda: la constituida por los movimientos sociales y la *intelligentsia*. Los movimientos sociales son aquellos que se organizan más para influir sobre el poder político que para ejercerlo. Se conformaban con el ala progresista de la Iglesia, movimientos de mujeres, feministas, grupos ecologistas e indigenistas, activistas por los derechos humanos y Organizaciones No Gubernamentales. Aquí convinene parar mientes en algunas consideraciones sobre el rol político de la Iglesia. Este viene dado por un contexto político en el que ella representa uno de los pocos canales de expresión de las voces de descontento político-social. Es decir, que los *inputs* rechazados por la clase política son canalizados a través de la Iglesia. Luego de pasar revista por la configuración ideológica de las jerarquías eclesiásticas latinoamericanas, Castañeda desliza una afirmación que debería hacer meditar a más de uno: "Conforme las comunidades eclesiales de base se fueron volviendo progresistas y se politizaron, la expansión de su influencia comenzó a amainar. Su politización fortaleció a la izquierda, pero a ellas en parte las debilitó".

Los intelectuales cumplen con el rol de conceptualización y teorización que todo movimiento político necesita. Una vez derro-

tados en la lucha armada se lanzaron —al mejor estilo gramsciano— a la conquista de la “superestructura” o de la sociedad civil, ocupando cuanto lugar se hacían en la educación, la cultura y los *mass-media*, y —actualmente— en las fundaciones que, financiadas por EE.UU. y Europa, se erigen en centros de elaboración de pensamiento para el cambio.

El viaje realizado por la historia del desenvolvimiento de la izquierda en la región nos pone en la grilla de partida del desafío intelectual realizado por Castañeda, esto es, elaborar la nueva utopía de la izquierda.

La caída del socialismo puso fin a la creencia arraigada en la izquierda de que ella era la dueña del futuro porque sólo ella tenía la llave del paraíso en la tierra. No obstante, este golpe dirigido al centro mismo de su arquitectura política, no representa un golpe mortal. Es, por cierto, duro, pero tiene un aspecto sumamente positivo pues contribuye a desligar a la izquierda de tres salvavidas de plomo que soportó durante el pasado, a saber: su vinculación con la URSS y la expansión mundial del comunismo, su vocación antidemocrática y su antinorteamericanismo. Eliminar estas tres cadenas comporta para la izquierda la posibilidad de su latinoamericanización y la apertura de nuevos y seductores horizontes futuros.

Este nuevo futuro estará signado por la existencia del mentado nuevo paradigma que —respecto del sistema democrático capitalista— no buscará diferenciarse de él, sino diferenciarse dentro de él. No resucitará viejas fórmulas que hablaban de destruir el sistema; antes bien, creará nuevas para incorporar a más gente al mismo. En definidas cuentas, la nueva izquierda no buscará otra cosa que la extensión del sistema democrático capitalista a toda la población. Se preocupa menos de cómo se produce la riqueza que por cómo se distribuye.

La aceptación de la democracia por parte de la izquierda se produce luego de la derrota aplastante sufrida en la lucha armada. “(La generación) afectada a la lucha armada y que no murió... abrió el camino a los activistas, periodistas, dirigentes laborales y ecologistas de mediana edad de la actualidad. Estos ahora buscan votos... En Buenos Aires ha dado lugar a periódicos honestos, semanarios espléndidos, novelas de alto tiraje y películas notables...” (pág. 19). Fuerte reconversión si se tiene en cuenta que “durante años, gran parte de la izquierda despreció... a la democracia como una impostura” (pág. 362). Sin duda se llega a esta posición a poco de observar que, al tiempo que fueron los grandes perjudicados de las dictaduras, dentro del conjunto de los beneficiados por la democracia ocupan el primer lugar. Así entonces, ya que propone el cambio en democracia, la izquierda deberá levantar la bandera de la

participación popular y la anticorrupción en las instituciones políticas, puesto que sólo de tal manera podrán traducir en decisiones políticas las demandas que reciben.

Ahora bien, la aceptación del capitalismo no se realiza tan a la ligera. Se ponen reparos en lo que hace al modelo, inclinándose por un capitalismo al estilo europeo, con un Estado fuertemente distribucionista. Ante la actual situación socioeconómica de América Latina, la izquierda debe representar la vía intermedia entre el modelo neoliberal y Sendero Luminoso. En este punto reside su fuerza política. Por otra parte, en la estrategia de alianzas debe cooptar a la pequeña burguesía nacional y los movimientos de trabajadores a través de un fuerte proyecto de industrialización que funcione como alternativa al aperturismo neoliberal. En otros términos, la izquierda se alimentará de los perjudicados por el modelo neoliberal, por tanto, la llave que regule la dimensión política de la izquierda esta precisamente en el modelo que combate. Una muestra de que la izquierda se define por la derecha.

Luego de toda esta descripción puede esbozarse una definición de la “nueva” izquierda recurriendo a la composición temática de su paradigma. De modo que tenemos que ser de izquierda —siguiendo al autor— colocando el acento en el “cambio por encima de la continuidad; en la democracia y los derechos humanos sobre la seguridad nacional; ...en la justicia social sobre el desempeño económico; ...en la distribución del ingreso sobre el libre funcionamiento del mercado; en reducir las desigualdades más que en la competitividad...” etc.

Quisiera finalizar estas líneas con las palabras que dan comienzo a la pequeña pero interesante obra de Jean Madiran (*La izquierda y la derecha*, Ed. Icton, 1981) que dice lo siguiente: “La distinción entre una derecha y una izquierda es siempre una iniciativa de la izquierda, tomada por la izquierda en provecho de la izquierda...”

A buen entendedor...

DIEGO PABLO GORGAL

DESPUÉS DEL COMUNISMO... ¿EL NAZISMO?

“Después del comunismo. Aportaciones a la interpretación de la historia del siglo XX”,
de Ernst Nolte. Ed. Ariel, Barcelona, 1995. 220 págs.

A diferencia de lo que pudiera sugerir el título, este libro no se refiere estrictamente al mundo posterior a la caída del comunis-

mo sino que, por el contrario, trata otra temática no menos interesante y conflictiva: la relación entre el nazismo y el comunismo, entre el Gulag y Auschwitz.

Indudablemente, si había alguien capacitado para emprender esta delicada tarea era Ernst Nolte. Autor de origen alemán, discípulo de Heidegger, graduado en filosofía con un estudio sobre Marx y el idealismo alemán, docente en lenguas clásicas y luego catedrático en Historia contemporánea en las universidades de Marburgo, Yale, Cambridge, Jerusalén y actualmente la Universidad Libre de Berlín, es conocido en nuestro medio —y en el mundo entero— por sus ya clásicos —y agotados— estudios sobre los fascismos (*El fascismo en su época* y *La crisis del sistema liberal y los movimientos fascistas*), desde una óptica más bien cercana a la izquierda.

No se le conoció ninguna otra obra traducida al castellano hasta el año pasado, en que se editara la que hoy reseñamos, motivo de un gran escándalo historiográfico e ideológico en Alemania y en el mundo entero. A decir verdad, se trata de la recopilación realizada en 1991 de una serie de artículos de los últimos años que giran alrededor de la necesidad de un revisionismo sobre la historia del siglo XX, que bordea el tema del genocidio nazi.

En primer lugar, ya en la introducción Nolte plantea que una vez reconocida la superación de la era comunista y de la época del fascismo resulta necesaria una revisión de la historia contemporánea en el sentido que “la historia ya no puede interpretarse como un drama dialéctico entre la razón y las tinieblas” (p. 21), ante la comprobación definitiva que el “progreso” no ha llevado a establecer la era de la paz permanente de la humanidad, sino que condujo a una tragedia.

En una serie de artículos convergentes que conforman esta publicación, el autor parte de la premisa válida que “hacia finales del milenio se puede decir que unos sesenta años del siglo XX han sido, en realidad la era del comunismo, ya que el comunismo representó durante esos años el desafío más potente y determinante de toda la tradición histórica en el seno del sistema liberal” (p. 47).

Así, sostiene que el siglo XX se caracteriza por una verdadera “guerra civil” ideológica, luego denominada guerra fría, que dejó una secuela de varios millones de muertos. Una de las consecuencias más significativas de su tesis es que echa por tierra la amplia bibliografía destinada a demostrar el “fin de las ideologías” en nuestra época y con ella del Estado de bienestar liberal-democrático como forma última del sistema liberal.

Por ello, para Nolte no quedan dudas que en las entreguerras había sólo dos grandes Estados ideológicos: la Rusia comunista y la Alemania nazi, y era lógico que terminasen enfrentándose en una

feroz guerra civil. Lo enuncia de este modo: "Tengo la convicción que el concepto de 'guerra civil mundial' una vez que los Estados Unidos entraron de lleno en la historia, y que bajo el nombre de 'guerra fría' llegó a su fin en nuestros días, es más clarificador para la comprensión de la historia del siglo XX, y con ello, también de la historia de Alemania, que lo sería una visión germanocéntrica obsesiva que quisiera superar el nacionalismo volviéndolo al revés" (p. 177).

En esta posición revisionista afirma que los historiadores no sólo deben plantear la tradicional dialéctica "democracia" y "fascismo" sino también deben remarcar la diferencia entre totalitarismos de "derecha" (fascismo) y de "izquierda" (bolchevismo) [cfr. nuestra reciente reseña de la obra de Furet *El pasado de una ilusión*, en Colección nº 3]. De similar manera critica la tesis de la sexta gran potencia —la Revolución— como dato predominante de la historia actual (tal la tesis predominante en las obras de Hobsbawm, E. Carr y recientemente Kossok).

Pero la esencia de su planteo revisionista consiste en comparar las masacres de Auschwitz con las del archipiélago Gulag y más aún, insinúa —como novedad absoluta— que éstas condicionaron aquellas. Así escribió que "solo muy pocos observaron que la persecución de los judíos se correspondía de manera bastante exacta con las privaciones de derechos que le había sido impuesta a la burguesía rusa y que ambas medidas pretendían conseguir una 'purificación' semejante" (p. 65). Este es el fondo de la argumentación de Nolte, que provocara tantas réplicas y rasgara tantas vestiduras impolutas, y a favor de ella presenta ejemplos como una famosa canción comunista de la década de los treinta que luego emplearon los nacional-socialistas cambiando únicamente en el último renglón "sangre burguesa" por "sangre judía".

Su tesis fue cuidadosamente expuesta en su obra *Der europäische Bürgerkrieg 1917-1945*, de la cual transcribe una pequeña síntesis en el capítulo así denominado, y contesta algunas de las múltiples y feroces críticas recibidas que incluían "falta de sensibilidad moral" u "otras intenciones aún peores" (p. 69). Desde el punto de vista historiográfico las críticas más serias provinieron de los historiadores "germano-céntricos" y de los pensadores partidarios del concepto "totalitarismo". Nolte se defiende señalando que, por otra parte, su tesis de "guerra civil" ya había sido expuesta en 1939 por Dorothy Thompson.

La denominada "polémica de los historiadores" fue iniciada en 1986 por el célebre pensador Jürgen Habermas —seguido por los considerados "historiadores críticos" interesados en poner una "historia oficial moderna" izquierdizante— contra los llamados "histo-

riadores neoconservadores” —o “la banda de los cuatro” — Nolte, Andres Hilgruberm, Klaus Hildebrand y Michael Stürmer, a los que se agregaba el historiador Joachim Fest, autor de una conocida y valorada biografía sobre Hitler. Para hallar un interesante e interesante panorama de esta controversia historiográfica resulta de interés consultar a Michael Schmidt y César Vidal (*La Alemania neonazi y sus ramificaciones en España y Europa*, Madrid, Anaya-Muchnik, 1995, especialmente las páginas 179/94), quienes no dudan en considerar a todo revisionista —Nolte y el canciller Köhl incluidos— como parte de una conspiración neonazi cuya libre expresión implica estar “incubando el huevo de la serpiente”.

Nolte, en su artículo de defensa, destaca que se les critican fundamentalmente dos ideas: la necesidad de reencontrar el verdadero pasado —como lo planteara Stürmer en el *Frankfurter Allgemeine Zeitung*— y fundamentalmente un párrafo del propio Nolte de 1986, cuando expresara en un artículo denominado *El pasado que no quiere pasar*, en el citado periódico (“¿Llevaron a cabo los nacional-socialistas, llevó a cabo Hitler, una acción ‘asiática’ sólo porque ellos y sus semejantes eran víctimas potenciales o reales de una acción ‘asiática’? ¿El archipiélago Gulag no fue un antecedente de Auschwitz?” [p. 185]), párrafo que el autor considera el núcleo central de la polémica historiográfica y mereciera frases críticas tan “eruditas” como que “es la secreción del pensamiento demente de un individuo extravagante y no una opinión dominante” (Theo Sommer, en *Die Zeit*).

De todos modos —quizás para mitigar los efectos de su tesis— Nolte acepta que “es lícita y justificada una distinción histórica entre el ‘exterminio social’ del bolchevismo y el ‘exterminio biológico’ nazi”, aunque agrega: “Me parece desde todo punto ilícito y una deplorable consecuencia del entusiasmo revolucionario extraer de esta diferenciación histórica también una diferenciación moral, y prescindir así del único principio con validez absoluta: que el asesinato de seres humanos inocentes e indefensos está prohibido en toda circunstancia y que la ‘atribución de la responsabilidad colectiva’ que lo fundamenta debe ser reprobada cualesquiera que sean las circunstancias” (p. 72). Honestamente, debemos reconocer que nos resulta muy difícil imaginar que las víctimas de Auschwitz, los Gulag o Hiroshima hayan hecho estas disquisiciones entre “exterminio social” y “exterminio biológico”.

“Todo esto no significa —aclara— un desconocimiento ni una relativización de los principios morales en tanto que el historiador mantenga el convencimiento de que siempre, y en toda circunstancia, es irracional y moralmente injusto arrebatarse la vida a seres humanos inocentes e indefensos, tanto si se trata de hombres o de

mujeres, de viejos o de jóvenes, de judíos o de cristianos, de ya nacidos o de nonatos" (p. 212).

Nolte niega terminantemente que el intento de establecer un paralelismo entre el Gulag soviético y el Auschwitz nazi pretenda "relativizar los crímenes nazis y cuestionar su singularidad" (p. 73). Ello no obsta a que reafirme taxativamente su tesis que "este antisemitismo se convirtió en asesino sólo porque se pudo paliar con otro fenómeno social mucho más fuerte que era la mera existencia de una minoría judía. Ese fenómeno fue el marxismo de la época" [...] "la relación causa-efecto fue el concepto 'bolchevismo judío'" (idem) según aparece ya en Eugen Düring, identificación que también hizo —según el autor— Winston Churchill.

El autor se interroga si "los exterminios masivos de seres humanos por motivos ideológicos, llevados a cabo por el bolchevismo en tiempos de paz —que difícilmente pueden atribuirse exclusivamente a la prédica perversa de Stalin— aunque tuvieran una intención social y fueran cualitativamente distintos, fueron cuantitativamente tan grandes, al menos, como los exterminios de seres humanos llevados a cabo por los nazis durante la guerra. ¿Quién se atrevería a afirmar que los primeros sirvieron al 'progreso' y los otros al 'atraso'?" (p. 96).

El autor se defiende señalando que solo quería expresar "el principio lógico de que cada período de la historia tiene que ser objeto de una investigación razonable y sopesada y que no debe convertirse en objeto de la ciencia la perpetuación del cuadro propagandístico en blanco y negro creado por sus contemporáneos" (p. 187). Esta interpretación es "ciencia no científica", remata. Asimismo, reconoce que ha tocado el "tema tabú" de la "solución final de la cuestión judía" (cfr. p. 190) provocando oleadas de indignación.

En su artículo *Alemania como Estado nacional* retoma el tema que verdaderamente preocupa a los alemanes actuales —y que probablemente influya en su necesidad de revisionismo de los "crímenes de guerra"— cual es la cuestión del futuro de Alemania. Allí anuncia el futuro que le cabe a su país en la nueva construcción del mundo —no limitada al predominio de los Estados Unidos como gendarme mundial— y los aspectos positivos de la unidad alemana tras la división "antinatural" de la post guerra, que le lleva a interrogarse —en su revisionismo— si los alemanes no estuvieron interpretando la guerra y el siglo XX desde la posición de los vencedores y no desde la propia, a partir de la autocrítica de Meinecke en *La catástrofe alemana*. En esta línea revisionista acepta la necesidad positiva de la creación del Estado nacional alemán, cuestiona la responsabilidad alemana en el comienzo de la Primera Guerra Mundial y replantea la importancia de la aparición del bolchevismo

—y su triunfo en Rusia— como uno de los sucesos claves para entender este siglo y que no puede limitarse a una imprecisa “retórica revolucionaria”. A partir de estos datos, Nolte retoma su tesis, en la cual “el partido nacional-socialista de Hitler se puede definir históricamente como la forma más radical del antibolchevismo militante; y constituía, al mismo tiempo, la cumbre del revisionismo alemán...” (p. 174).

Tampoco le resulta ajeno el tema de moda sobre el futuro del Estado nacional —casi el sustrato de sus trabajos— y sobre el particular efectúa algunas interesantes consideraciones: “Pero es razonable y justo que en el futuro el Estado nacional no vuelva a ser la realidad última, la de un Estado nacional autoritario, soberano e imperialista, sino que debe incluirse en una unidad mayor, del mismo modo que antaño los pequeños Estados y las regiones se integraban en grandes Estados nacionales. La premisa más elemental es que todos los Estados renuncien conjuntamente a unas parcelas de su soberanía, aunque siga siendo irrenunciable el reconocimiento de algunos valores nacionales. Solo entonces, con un sistema de nuevos Estados nacionales o patrias, en cierto modo más elevados y válidos, podría conseguirse superar definitivamente la catástrofe de 1945” (p. 180/1).

Su artículo concluye con algunos interesantes interrogantes que bien merecen formularse: “¿Acaso no es una concepción demasiado subjetiva y unilateral la que considera a Stalin como el revolucionario mundial por excelencia y a Hitler como el anticomunista primario? ¿No fue Stalin el arquitecto del ‘socialismo en un solo país’ y, por ende, un nacionalista ruso? ¿No fue Hitler, en primer lugar, un defensor de la ideología racista cuyo máximo objetivo era conquistar un ‘espacio vital’ en el Este? ¿La visión mundial ideológica de Adolf Hitler no era, de alguna manera, un complemento del antisemitismo de Eugen Dühring, de la teoría racista de Houston Stewart Chamberlain y del pangermanismo de Heinrich Class?” (p. 178)... Para dar respuestas a estas preguntas —reconoce— se necesitaría “una gran cantidad de trabajos de revisión de textos y comparación de hechos reales” (p. 178) y nos recuerda que el historiador no debe quedar, como el jurista, “cautivo de una de una definición”. De la lectura de sus consideraciones nos surge la pregunta de si no es hora de empezar esta tarea.

A manera de epílogo, Nolte se queja de que “es un triste síntoma que aquellos otros que se sometían a las leyes de la ciencia especializada, y que llevaban a cabo sus investigaciones en campos cada vez más especializados, definieran y rechazaran como de ‘extrema derecha’ una exigencia tan eminentemente científica como es la de examinar la veracidad de las afirmaciones sobre hechos reales

y no dejarse llevar por la orientación real o presunta del autor” (p. 213). Precisamente creemos que uno de los aportes más importantes del autor radica en su defensa del revisionismo histórico y del derecho a plantear ideas opuestas a las corrientes ideológicas —de moda o ganadoras— siempre y cuando estén fundamentadas. Todo tema histórico no es una verdad dogmática y debe ser motivo de permanente revisión, generando un clima científico propicio para buscar la verdad, que es la única que nos hará libres.

Queda por agregar que, a veces, la redacción resulta sumamente dura, quizás debido a su traducción del alemán, pero ello no invalida que se trata de una obra de reflexión que se atreve a tocar ciertos temas claves de la historia actual y futura; y si “la historia debe ser maestra de vida”, sólo un conocimiento correcto nos permitirá evitar la repetición de tragedias similares.

FLORENCIO HUBEÑÁK

¿DESAPARECE EL ESTADO?

“La tradición liberal y el Estado”, de Dalmacio Negro Pavón.
Ed. Unión, Madrid, 1995. 320 págs.

Es un gusto para el espíritu y una satisfacción para la sed intelectual leer este libro del catedrático de Historia de las Ideas de la Universidad Complutense, conocido por aquellos que abrevamos en la historia política por su impresionante cantidad de artículos sobre pensadores del siglo XIX (muchos de ellos en la antigua Revista de Estudios Políticos de Madrid), estudios introductorios de sus obras básicas y ensayos significativos sobre autores como Stuart Mill, Comte o Tocqueville.

En esta oportunidad, Negro Pavón emprende una obra de gran envergadura, una nueva Historia de las Ideas de Occidente, pero desde la perspectiva de la libertad y el Estado. Casi nos atrevemos a sugerir que analiza como nace, crece, se desarrolla y... muere el Estado.

El autor no coincide con el hegeliano Fukuyama en su divulgada —y criticada— tesis del final de la Historia, pero en cambio no parece dudar que nos encontramos ante el fin de la historia de una época vinculada al Estado, entendido —a partir de Maquiavelo— como “una forma política concreta de una época concreta”, y aunque fue sólo una de las manifestaciones de “lo político” se fue convirtien-

do en la única, a la vez que asumió todos los papeles, inclusive el empresarial. Quizás coincidamos con los postmodernos en el fin del mundo moderno, y en nuestra opinión los comienzos de una nueva Edad Media.

Negro Pavón agrega que existe una incompatibilidad natural entre liberalismo y Estado, que él define a favor del primero, aunque su concepción del liberalismo nos resulte bastante heterodoxa y más cercana a un humanismo práctico o al conservadorismo pragmático de un Burke, a quien considera parte importante de esta cosmovisión liberal entendida como "el arte del compromiso".

Luego afirma que, aunque el liberalismo propiamente dicho apareció hace tres siglos, está íntimamente ligado en lo esencial al mundo grecorromano del mar Mediterráneo (cfr. p. 23/4) y acepta la tesis de lord Acton, que sostiene que Santo Tomás fue el primer whig.

Nos parece de sumo interés su tesis del papel que le cupo — y le cabe— a la Iglesia para frenar al Estado y reemplazar funciones que este fue invadiendo en su proceso de expansión.

Su estudio del desarrollo histórico de esta dialéctica (liberalismo-Estado) comienza en Grecia y avanza a través de Roma —con un brillante y profundo análisis de sus respectivas cosmovisiones— para internarse en la Cristiandad, base de la división de las esferas temporal y espiritual y —para el autor— freno decisivo ante el totalitarismo. Aquí recoge las expresiones del Cardenal Ratzinger cuando señala que "la existencia de una nueva sociedad que no coincide con el Estado constituye un factor fundamental en la liberación de los hombres" (cit. p. 65).

Más adelante estudia el "progresivo aumento del poder del Estado", que coincide con la crisis eclesiástica del siglo XIV y la Modernidad del homo dominandi. Reitera conceptos como los de Calderón Bouchet cuando recuerda los peligros de la unión poder-saber, que dieron origen a los ideólogos... y a las ideologías (del Estado).

Asimismo, afirma que así en la Modernidad "se pasó del hombre animal político, enraizado en la naturaleza y por lo tanto social, al hombre animal jurídico, enraizado en el Estado (Leviatán), una construcción intelectual a la que no se adapta espontáneamente" (p. 90). De esta manera se produjo, para el autor, la ruptura entre Estado y sociedad... y la Iglesia quedó en el medio, pero defendiendo la autonomía espiritual. Luego, "la vigorosa reintroducción del logos naturalista con la estabilidad en su versión moderna de ratio status, destruyó la posibilidad del poder político de la Iglesia, con la que es incompatible; y lo que es más grave, mermó su autoridad, recibida del logos juánico, al tener que compartirla con la estatalidad

que, una vez secularizada, se configuró decididamente como Estado” (p. 104).

Según el autor, del desarrollo histórico al iusnaturalismo racionalista le sucedió el iusnaturalismo ordenalista, paso previo a la ideología como elaboración teórica del propio Estado.

De este modo aparecen sucesivamente en la historia distintos tipos de Estado: el Estado de poder “maquiavélico”, el Estado soberano del protestantismo y “bodiniario” (y sus propias formas paraestatales), el Estado monárquico, el Estado absoluto, el Estado político objetivo, el Estado despótico Ilustrado, el Estado moral (cada uno de ellos llena varias páginas de este importante libro). Para Negro Pavón este es un momento clave en la historia ya que “la revolución asestó el golpe de gracia a la languidecente organicidad de la sociedad, muy desarticulada por el despotismo, remozó el mecanicista gobierno administrativo dándole nuevo impulso, y el nuevo Estado, aceptado como ente moral, abandonó definitivamente cualquier vinculación religiosa, sustituyéndola por su propia moralidad —la moral pública— como religión civil, fuente de la cultura nacional” (p. 185). Como señala Becker y el autor rescata, “los philosophes, emisarios seculares del humanismo jansenista y protestante, derrocaron la Ciudad de Dios de San Agustín, para reconstruirla en el siglo con materiales más modernos” (cit. p. 187), para agregar la opinión de Bertrand de Jouvenel cuando sostiene que en el siglo XVIII “surgió un régimen político nuevo, sin precedentes en Europa, carente de cualquier parentesco con el Antiguo Régimen, y sin semejanza tampoco con el inglés. Completamente alejado de la Iglesia, el espíritu del nuevo Estado nación es el de la comunidad de los fieles fecundado por el de la comunidad genética de la polis. No trascendente ni inmanente, es una cosa-en-sí de cuyo ser emerge la realidad” (p. 196).

Su listado continúa con el Estado de derecho kelseniano, el Estado romántico, el Estado liberal burgués, el Estado social de derecho antes de entrar —ya en el siglo XX— en el Estado total, surgido de fundirse en una masa sociedad y Estado en sus diferentes variantes: el Estado Providencia (de raíz keynesiana y base en el Estado social del socialismo utópico, también denominado Estado de bienestar o Estado tecnocrático). Este, según el autor, “incorpora al Estado la tradición eclesiástica, secularizada por el protestantismo, del ejercicio del poder como servicio, mezclada con la capacidad técnica e inevitablemente el resentimiento y la envidia igualitaria (según la feliz expresión de Fernández de la Mora) que tiene un campo propicio en la democracia” (p. 245). Para la concepción de Negro Pavón “lo específico del Estado de Bienestar es ese espíritu (positivista) del ‘nuevo cristianismo’ como ‘religión de la Humani-

dad' combinado con la economía (economicismo) que hace de él un mecanismo de caridad totalitario, sin más eficiencia que la caja de Pandora de la justicia social" (p. 251).

El anteúltimo capítulo está dedicado al agotamiento del Estado y el autor lo comienza afirmando que "en la medida en que fracase caóticamente el intento de hacer del Estado el único hombre del mundo, como ha sucedido en el Estado Totalitario y el Estado Providencia, su crisis final —repetidamente anunciada— puede ser realidad en los albores del siglo XXI" (p. 255), y añade: "no sólo resultan ya inadecuados los conceptos políticos de la modernidad, que son estatales, sino que el Estado mismo, genial artefacto secundario y ordenador del mundo moderno, se adapta mal a las nuevas realidades, no puede garantizar adecuadamente la seguridad y genera la conciencia del caos" (p. 255)... Tampoco lo podrán hacer las multinacionales (aunque reconozcamos que tampoco lo sugiere).

Luego se refiere a la corrupción como expresión de la crisis histórica, cultural, social y, en definitiva, moral del Estado y señala cómo nuestros tiempos evidencian cómo decrece la estadalatría, "las naciones son víctimas del Estado" (p. 262) y con la crisis de este —considera— ellas vuelven al primer plano.

Pero nos recuerda, como decía el destacado pensador ruso Soloviov, que "el Estado no existe para transformar la vida sobre la Tierra en paraíso, sino para impedir que se transforme definitivamente en infierno" (p. 265).

Para el autor "no está claro qué es hoy el liberalismo" (p. 266) y concluye diferenciando: "el liberalismo en sentido estricto se configuró como concepción laica de la vida social rechazando precisamente la raíz demoníaca de la política moderna, política de fines formalmente coherente con la teoría del Estado. Reivindicó, en cambio, frente a este último, las tradiciones politicológica y escatológica del gobierno limitado. Para ellas se refiere a la política como arte prudencial, a los medios, no a los fines, siendo ella misma, y por tanto el Estado, un medio... Pero al mismo tiempo la consolidación del Estado permitió que se asentase la otra concepción liberal secularizadora e incluso secularista de orientación racionalista, que se alejó de la tradición del gobierno limitado a medida que la estatalidad desarrollaba sus posibilidades intrínsecas" (p. 268). Parecen contrapuestas.

Para Negro Pavón —ante la crisis agónica del Estado— "según la tradición política, el principio fundamental de una política liberal concebida como medio es la evidencia del viejo Aristóteles de que 'el régimen mejor será forzosamente aquel cuya organización política permita a cualquier ciudadano prosperar y llevar una vida más feliz'. El liberalismo, cuya política es inseparable del Derecho,

coimplica un modo de vida en cuanto expresión de esa tradición, sin confundir Política con Moral, que es en definitiva la doctrina de las virtudes. Pero tampoco puede prescindir de ella, puesto que de su relación dialéctica con la Política brota el Derecho, que expresa simbólicamente la visión que tiene de sí misma una sociedad y de su sentimiento de la justicia" (p. 275).

Profundo conocedor del pensamiento de Tocqueville, el autor sostiene la necesidad de "una política nueva para un mundo enteramente nuevo" (p. 16).

Concluida la lectura puede apreciarse que se trata de una obra de síntesis, pero no porque resuma las ideas básicas sino que, muy por el contrario, porque condensa con gran erudición la maduración de un pensamiento conclusivo de varias décadas de profunda tarea intelectual. Y en ese aspecto requiere una lectura lenta, cuidadosa y pensada, ya que cada párrafo contiene mucho más de lo que aparece en esa lectura veloz a que nos suele obligar la explosión informativa.

FLORENCIO HUBEÑÁK

NUEVA LUZ SOBRE UN VIEJO CONFLICTO

"Perón y la Iglesia Católica. Religión, Estado y sociedad en la Argentina (1943-1955)", de Lila M. Caimari. Ed. Ariel, Buenos Aires, 1995. 390 págs.

Las relaciones entre la Iglesia Católica y el peronismo han sido y son objeto de intensos debates a nivel informal y cotidiano. Desde la perspectiva académica los primeros intentos de encontrar explicación al conflicto que en 1954 enfrentó a la institución eclesiástica con el Estado peronista, se ciñeron al análisis de la crisis en sí desde enfoques que partían de una valoración positiva o negativa de dichas relaciones, según fuera la posición ideológica del investigador en relación a ambos actores. Posteriormente, otras investigaciones ampliaron la visión de las relaciones entre la Iglesia y el Estado peronista sin conseguir explicaciones completamente satisfactorias. En este contexto, el trabajo de Lila M. Caimari viene a llenar un vacío historiográfico y a arrojar nueva luz sobre uno de los períodos más controvertidos de la historia argentina.

Precisamente porque los estudios sobre las relaciones entre peronismo e Iglesia han estado generalmente marcados por la contradicción, es que Caimari ha emprendido el análisis del peronismo

a partir de estas relaciones poco y mal comprendidas hasta el momento y que, en su opinión, pueden revelar mucho sobre la naturaleza ambigua y contradictoria de ese fenómeno político.

La obra está dividida en cuatro partes: *La Iglesia argentina y la génesis del peronismo*, *El peronismo católico*, *El catolicismo en la Nueva Argentina* y *La crisis*. Incluye además un apéndice en el que analiza las posiciones de tres sacerdotes intelectuales tributarios de tradiciones diferentes del mundo católico: el padre Hernán Benítez, el padre Julio Menvielle y Monsenior Gustavo Franceschi.

La primera parte comienza con una síntesis histórica desde la génesis de la Iglesia Católica argentina como capítulo de la historia del desmembramiento de la Iglesia colonial española hasta finales de la década de 1930, para concluir con el análisis de la posición de la Iglesia ante el surgimiento del peronismo.

En Hispanoamérica la Iglesia estuvo marcada desde el principio por la estrecha asociación con el poder colonial en virtud del Regio Patronato de Indias acordado a la corona española en 1507. Del período de revoluciones independentistas emergió una Iglesia debilitada en lo material, en lo humano y en las bases mismas de su poder. Hasta 1859 la Iglesia argentina se redujo a tres diócesis dependientes del arzobispado de Charcas. La reivindicación del derecho de patronato por parte de las nuevas autoridades del Río de la Plata y la Ley de Reforma Eclesiástica impulsada por Rivadavia en 1822 pusieron a la institución bajo la estricta dependencia del Estado. Luego de referirse a la situación de la Iglesia durante el gobierno de Rosas, período en el cual se produjeron importantes cambios institucionales que permitieron la regularización de las relaciones con Roma y la reconstitución de un episcopado, el análisis se centra en la Constitución del '53, que sentó las bases jurídicas que definirían el status legal de la Iglesia. Pese a que la Santa Sede no reconoció jamás el derecho de patronato del gobierno argentino, esto no impidió su ejercicio efectivo.

En 1860 el Estado comenzó a colaborar en la creación de nuevos seminarios con el objeto de comenzar la regeneración del clero local y aumentar sustancialmente el número de sacerdotes. También comenzó a evolucionar la estructura territorial de la Iglesia argentina que para 1912 estaba organizada en 12 jurisdicciones eclesiásticas.

Durante los años '80 el catolicismo entró de lleno en el campo político. La intervención del Estado en ámbitos que hasta entonces estaban reservados a la Iglesia —estado civil, matrimonio y educación— provocó un verdadero enfrentamiento no sólo con la institución en sí sino con los sectores católicos laicos. Unidos en la crítica a la secularización de la sociedad, estos sectores se organi-

zaron como grupo de presión y dieron batalla a través de nuevos periódicos, asociaciones y un partido político que presentó su candidato en 1886.

Desde este momento en adelante y pese a que después de 1890 la jerarquía se consagró esencialmente al desarrollo de la infraestructura institucional, la Iglesia reivindicó su derecho a pronunciarse sobre temas políticos y sociales. Precisamente en este último plano, su labor adquirió importante dimensión vinculada al cambio esencial en la actitud de la Iglesia Católica ante el mundo moderno expresada en la encíclica *Rerum Novarum*, piedra fundamental de su doctrina social. La fundación de los Círculos de Obremos Católicos por obra del padre Grote en 1892, y la posterior acción de Monseñor De Andrea —su sucesor— fueron la respuesta de los católicos laicos y de algunos sacerdotes al llamado de la Santa Sede.

En las primeras décadas del siglo XX la Iglesia argentina contaba con un clero secular más nutrido y mejor preparado y sus bases institucionales continuaban consolidándose.

En 1934, Argentina fue elegida como sede el XXXII Congreso Eucarístico Internacional, una de cuyas consecuencias importantes fue la creación de diez nuevas diócesis y la promoción de seis de las ya existentes a la categoría de arquidiócesis. Así, la Iglesia adquiría la estructura que presentaba durante la gestión peronista.

En relación a la posición de la Iglesia ante el surgimiento del peronismo, el análisis de ambos actores intenta mostrar las contradicciones iniciales, las ventajas y los inconvenientes que el peronismo planteaba a los distintos sectores de la institución eclesiástica y revisar la hipótesis de la alianza con Perón.

Aún cuando la mayoría de los sectores católicos encontraron razones para identificarse con el incipiente movimiento, hubo excepciones; algunos, como la minoría demócrata-cristiana y ciertos grupos del catolicismo social manifestaron de entrada su rechazo al gobierno militar y a su sucesor. Sin embargo y aún con ciertas reservas se puede afirmar que los católicos —y especialmente la jerarquía eclesiástica— tenían conciencia de las ventajas que podrían obtenerse del nuevo gobierno.

En la segunda parte de la obra se trata de examinar la articulación del catolicismo en el discurso de Perón en su etapa de "idilio" con la Iglesia entre 1947 y 1948. En ese periodo la proximidad de las relaciones entre Iglesia y Estado se fundaba en la legalización de la enseñanza religiosa y en la generosidad presupuestaria de la política oficial hacia la Iglesia. Sin embargo, los mensajes del presidente comenzaron a reflejar tempranamente cierto matiz anticlerical en las continuas quejas acerca de la falta de compromi-

so de la jerarquía eclesiástica. La dura crítica al clero, manifestada en momentos en que no existían influencias anticlericales en el entorno de Perón y en los que el catolicismo parecía gozar de un espacio reconocido en el gobierno, revelan a un presidente "dispuesto a reivindicar ideológicamente al cristianismo pero desde una posición de fuerza, apropiándose".

Pese a ello, el período 1946-49 fue el de mayor colaboración entre el gobierno y la Iglesia. Un Estado generoso que se mostraba sensible a los problemas financieros del clero. La presencia de sacerdotes en el gobierno y las manifestaciones de fervor religioso de los nuevos líderes llevaron tranquilidad a la mayoría de los católicos.

Sin embargo la consolidación del catolicismo en la educación pública y la colaboración financiera del Estado suponían una subordinación de la Iglesia a la administración nacional, subordinación que desde la perspectiva de Perón implicaba la voluntad de integrarla a su proyecto y alinearla completamente con el nuevo orden.

La obra analiza este proceso desde el eje de la relación entre la Iglesia y el nuevo gobierno en el ámbito del primer proyecto educativo peronista, la situación del catolicismo en la reforma constitucional de 1949, la paulatina consolidación del cristianismo peronista y las transformaciones del término "libertad de cultos", para concluir que el peronismo reivindicaba la sola hegemonía espiritual de la doctrina nacional alrededor de la cual todas las religiones podían desarrollarse, en especial aquellas más identificadas con el pueblo.

La segunda parte comienza con el análisis de la evolución de las referencias religiosas que rodearon a Evita, "su obra, su imagen y su mito", y la respuesta que encontró en los medios católicos. La apropiación del ámbito de la beneficencia, la sacralización de su figura aún en vida, el giro anticlerical que tomó poco antes de su muerte en función de su concepción del peronismo como superador de las doctrinas de la Iglesia y la ola de religiosidad popular que promovió su desaparición, fueron algunos de los temas que afectaron a la institución eclesiástica.

El relato de la crisis de 1954 estrechamente ligado a la caída del peronismo y las explicaciones que de dicho conflicto se han intentado, introducen al lector a los argumentos que se presentan seguidamente, argumentos signados por la prudencia ante las limitaciones a las que se han visto confrontadas todas las explicaciones.

La oposición peronismo-catolicismo es reformulada desde un planteo simétrico. La revelación en 1954 del anticlericalismo de signo peronista era el resultado de un consenso sobre las diferencias entre el mensaje del justicialismo y el de la Iglesia, mensaje que,

aunque ahogado por las exteriorizaciones de amistad mutua, se fue consolidando a partir de 1947. Estos cambios en la naturaleza de las referencias religiosas del peronismo se hicieron evidentes a partir de 1950 en dos incidentes clave: el apoyo oficial a los espiritistas y los conflictos entre el gobierno y las autoridades eclesiásticas en ocasión de la organización del Vº Congreso Eucarístico Nacional.

Ambos sucesos revelaban que las tendencias profundas en la dinámica del peronismo implicaban la exclusión progresiva de otras fuentes de mensajes normativos que no fueran las del justicialismo.

Paralelamente, durante el Congreso Eucarístico de Rosario, se produjeron importantes modificaciones en las filas católicas. En primer lugar, las nuevas orientaciones internacionales de la Iglesia hicieron posible la adopción del catolicismo por sectores liberales y el surgimiento de un catolicismo antiperonista que, aunque existente desde la génesis del peronismo, había sido superado por la identificación de la mayoría de los católicos con el nuevo gobierno en 1946.

Por otra parte, a partir del triunfo en las elecciones de noviembre de 1951 se produjo una creciente polarización política y una radicalización partidaria que se expresó en la antinomia peronismo/enemigos del peronismo.

Este enfrentamiento atravesó todos los ámbitos de la vida pública y privada. También para los católicos el peronismo se percibía como un fenómeno personalista e invasor, estructurado en torno a sus propios canales de expresión a los cuales debían adherir si no querían ser excluidos. Por parte del peronismo, la renovación de las actividades de apostolado contribuyó a generar en el oficialismo la percepción de un movimiento católico bien organizado dispuesto a disputar al gobierno el dominio de la sociedad.

En las conclusiones, la autora afirma que peronismo e Iglesia estaban destinados a mantener una relación intensa en varios niveles. Ante el surgimiento de un movimiento de masas cuyo líder se declaraba admirador de la doctrina social de la Iglesia, la mayor parte de los católicos consideró positivamente los inicios de la experiencia peronista, traduciendo su aprobación en compromiso y participación, sin percibir que el peronismo tenía elementos potencialmente conflictivos. En primer lugar, muchos de los integrantes de las fuerzas sindicales que compusieron la heterogénea alianza que llevó a Perón al poder provenían de tradiciones ideológicas anticlericales y veían la política eclesiástica del gobierno como una concesión; en segundo lugar, los discursos presidenciales revelaron tempranamente una tendencia crítica hacia las autoridades de la Iglesia. Poco a poco, y coincidiendo con una peronización del discurs-

so religioso, la política eclesiástica del gobierno —cada vez más reacio a satisfacer las demandas de la Iglesia— se fue modificando. Finalmente el autoritarismo y la personalización crecientes del poder político enajenaron el apoyo de las clases medias y profundizaron la intransigencia de la oposición. Los católicos comenzaron a reconocerse cada vez menos vinculados con un gobierno que parecía identificarse exclusivamente con sus bases obreras y disociarse de su primera imagen piadosa y cada vez más de acuerdo con las objeciones formuladas por los antiperonistas. Al mismo tiempo, la oposición encontraba en la identidad religiosa un nuevo medio de enfrentarse a la “peronización” de la sociedad. Así, la disociación entre el universo peronista y el universo católico aparece como una manifestación, entre muchas otras, de la antinomia irreversible entre peronismo-antiperonismo.

La crisis de 1954 fue entonces el final de la escalada de un conflicto que se había ido gestando progresivamente a lo largo del período. A partir del famoso discurso de Perón que marcó el inicio del conflicto en 1954, “las potencialidades anticlericales del cristianismo peronista aparecieron con toda su fuerza”. La Iglesia, por su parte, articuló un discurso católico antiperonista y la crisis se autoalimentó.

Para Caimari, el enfrentamiento entre el peronismo y la Iglesia fue la manifestación de un conflicto más profundo: el de dos Argentinas que no podían convivir en paz.

La consecuencia más importante de las relaciones entre ambos actores fue el cambio irreversible de la relación de la Iglesia con la clase obrera, cuyas consecuencias se verían posteriormente cuando desde la perspectiva del Concilio Vaticano II y el giro social tomado por la Iglesia hispanoamericana desde 1968, nuevas generaciones de católicos propusieran otra lectura del peronismo.

Antes de ofrecer a los lectores las interpretaciones que de la experiencia peronista realizaron los tres sacerdotes anteriormente mencionados, la obra ofrece una comparación muy interesante del papel acordado a la Iglesia y al catolicismo entre el peronismo, el varguismo y el fascismo.

Fundamentada en un nutrido acervo documental y en una extensa y actualizada revisión bibliográfica, la obra de Caimari, cuya rigurosidad académica no va en desmedro de la corrección de su estilo, se convierte en referencia indispensable para la comprensión del fenómeno peronista.

ELENA PIÑEIRO DE SALAVERRI

LA REPÚBLICA ARGENTINA Y EL MUNDO

“La política exterior argentina y sus protagonistas”,
Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales (comp.),
G.E.L., 1996. 349 págs.

Pocos temas de la historia argentina provocan opiniones tan encontradas como aquellos referidos a la política exterior. En efecto, los juicios adversos que se vierten sobre el desenvolvimiento de la diplomacia argentina constituyen un claro ejemplo de que en esta materia el consenso está bien lejos de alcanzarse. Es pertinente resaltar que la conducta exterior que la República Argentina ha desplegado desde su existencia como Estado moderno debe entenderse a la luz de las variables que en su momento ocuparon un lugar determinante en el proceso de toma de decisiones. Dicho de otra manera, la valoración que se realiza sobre la política exterior de un país no debe permitirse pasar por alto las coordenadas de tiempo y espacio con arreglo a las que se desenvuelven los responsables de relacionar un Estado con el resto de sus pares del sistema internacional.

El presente libro —producto de una serie de conferencias pronunciadas en el CARI por académicos y diplomáticos— no pasa por alto esta sutil condición a la hora de abordar intelectualmente el tema. Por otra parte, tiene la virtud de presentar —paralelamente a la interpretación de los hechos destacados en materia de política exterior— aportes conceptuales para análisis teóricos de esta especie.

El libro comienza con el período de 1880-1916 que se encuentra a cargo de José Paradiso quien analiza el tema bajo el título *El poder de la norma y la política del poder*. El título es bastante significativo respecto de la tesis del autor. Esta es que "... para un país como la Argentina... el principio de no intervención, la defensa de los lineamientos del derecho internacional y la solución pacífica de las controversias eran inequívocas manifestaciones de autoprotección y realismo político, intentos por oponer el poder de la norma a la política de poder". En otras palabras, al no tener el poder de coacción a la altura de las circunstancias, la alternativa elegida fue escudarse en el derecho internacional para proteger sus intereses. Luego el autor se dedica a ejemplificar las constantes de la política exterior —apuntadas en la década del '60 por Gustavo Ferrari y Juan C. Puig— que se asientan en este período, a saber: pacifismo, aislacionismo, evasión por medio del derecho, enfrentamiento con Estados Unidos y desmembramiento territorial (Ferrari), y afiliación a la esfera de influencia británica, oposición a Estados Unidos, aislamiento respecto de América Latina y debilidad de la

política territorial (Puig). El aislamiento respecto de América Latina es la resultante de una ecuación europeo-americana que privilegiaba las relaciones con el viejo continente eligiendo un perfil bajo en Latinoamérica debido —fundamentalmente— a que los intereses políticos y económicos del país se ubicaban en Europa. El eje sobre el cual se construía la política exterior se planteaba en términos de mercado y fronteras. Vale decir, al tiempo que se estrechaban vínculos con Europa por motivos económico-comerciales, se presentaban en la agenda diplomática americana litigios jurisdiccionales, áreas de influencia y equilibrios regionales que obligaban desviar la atención hacia la región. Por último, ya en esta época comienza a perfilarse la mala relación con Estados Unidos que conformará uno de los vectores fundamentales para comprender la política exterior argentina a lo largo de la historia.

A la etapa comprendida entre 1930-1945 le corresponden las reflexiones de Mario Rapoport. Según sostiene el autor, hay tres enfoques tradicionales que buscan interpretar el período en cuestión. El primero considera que en las décadas del '30 y '40, al llegar a su fin el modelo agroexportador y los 50 años de políticas liberales, la Argentina abre la caja de Pandora de donde surgirán las líneas políticas y económicas que conducirán a la decadencia argentina. En el plano económico estas líneas están representadas por el intervencionismo estatal y el proceso de industrialización por sustitución de importaciones. En lo político, el golpe del '30 obra como causa eficiente del efecto dominó sobre el sistema institucional argentino. Ahora bien, Rapoport considera que la presente tesis contiene —cuando menos— dos falacias. En primer lugar, conviene destacar que luego de la crisis del '29 las condiciones de la economía mundial cambiaron radicalmente, por lo que la economía argentina no podía permanecer ajena a esta situación. En segundo lugar, la vinculación de Argentina con el exterior se estructuraba —básicamente— sobre la relación bilateral con el Reino Unido que comienza a cimentarse a partir de 1880. Esta alineación se produce cuando el Reino Unido entra en un proceso de lenta decadencia. Luego de la Primera Guerra Mundial comienza lo que suele denominarse el triángulo anglo-argentino-norteamericano: "Estados Unidos quedó como el principal proveedor de bienes de capital y manufacturas mientras que el Reino Unido continuaba siendo el principal cliente comercial de la Argentina". El fuerte avance de EE. UU. sobre América Latina en general y sobre Argentina en particular, debido a la situación privilegiada a la que accede luego de la Primera Guerra Mundial, parecería llevar naturalmente a un trueque Londres-Washington en lo que a alianzas estratégicas se refiere. Empero, la Argentina refuerza durante la década del '30

sus vínculos con el Reino Unido lo que lleva a numerosos enfrentamientos con Estados Unidos en cuantas conferencias internacionales se cruzaban (Buenos Aires '36, Lima '38, La Habana '40). Bien vale comentar —como ejemplo de esta reafirmación de la alianza— el editorial de la Sociedad Rural Argentina del 1/1/1927, pues su título rezaba: “Comprar a quien nos compra”, sin olvidar el pacto Roca-Runciman de 1933. A la presión norteamericana por el libre comercio entre las Américas, Argentina le respondía con estas *decisiones*: ante la crisis mundial, los gobiernos conservadores adoptaron medidas proteccionistas que, bajo el costo de aislar al país, ayudaban a protegerlo e industrializarlo. Con lo cual se quiere significar que el aislamiento es más un resultado necesario de la coyuntura nacional e internacional que una decisión autónoma e inconsulta del gobierno argentino.

El segundo enfoque utilizado normalmente como esquema teórico para la explicación de este lapso sostiene que la mala situación política y económica argentina del período es el castigo merecido que debió sufrir el país a causa de la neutralidad, la actitud nacionalista y poco cooperativa, las simpatías pronazis, y la instalación de un régimen fascista vernáculo (peronismo). Todos estos factores coadyuvaron a que la Argentina se transformara en un paria internacional en el mundo de la posguerra. Rapoport tampoco da crédito a esta tesis. Y no lo hace pues considera que “el problema de la neutralidad fue en verdad de menor importancia de la que parece”, puesto que la presión por la declaración de guerra obedeció a los acuerdos entre las grandes potencias realizados en Yalta. Por otra parte, no debe olvidarse que con la neutralidad la Argentina fue una crucial fuente de abastecimiento del Reino Unido (40% de su consumo de carne). Mientras que con el Eje el comercio se interrumpió en los años de la guerra, de manera que económicamente nuestro país no fue neutral. Es por ello que hay un claro contraste entre la política norteamericana y la británica con respecto a la Argentina.

El enfrentamiento con EE.UU. se manifestó en la Conferencia de Río de 1942, en la cual norteamérica pidió a los países de América Latina que se solidarizaran con el por el ataque a Pearl Harbour, rompiendo relaciones con el Eje. Argentina logró una victoria diplomática al hacer aprobar la moción que dejaba en libertad de acción de hacerlo o no. A partir de entonces EE.UU. comenzó con la utilización de todo tipo de medidas que arrinconaron políticamente a nuestro país.

El tercer enfoque, muy estrechamente ligado con el segundo, sostiene que si se hubiese colaborado de manera más comprometida —al modo de Brasil— no habríamos sufrido el boicot que se tuvo

que soportar en una época tan clave como la de la posguerra. Rapoport también cuestiona este argumento, pues Brasil obtuvo beneficios no tanto por su cuota de sangre aportada como por razones estratégicas, políticas y económicas que lo vinculaban con EE.UU. (decisivo proveedor de materias primas, alimentos y materiales estratégicos), cosa que no sucedía con Argentina.

Un lugar destacado dentro del libro lo ocupa el trabajo de Carlos Escudé que abarca el período 1950-1955, titulado *La traición a los derechos humanos*. En él, Escudé estudia la política norteamericana hacia la Argentina, la cual adopta una visión democratizante utilizando la causa de los derechos humanos sólo como arma para alcanzar intereses concretos. El análisis se divide en dos partes. En el primer período, que abarca los años '42-'49, se producen serios enfrentamientos en las relaciones argentino-norteamericanas. Detrás del tema de la neutralidad frente a la guerra se escondía una competencia por el liderazgo en cuestiones extracontinentales. El autor cita a R. B. Woods, quien dice: "A pesar de que la Argentina era un proveedor principal... de materias primas para los aliados... el *establishment* de asuntos exteriores de EE.UU. usó, desde 1942 a 1994, prácticamente todas las tácticas conocidas en la comunidad internacional, con la excepción del asalto militar, para desestabilizar al gobierno...". Este objetivo provenía de la desobediencia de las directivas norteamericanas de política exterior, a pesar que se levanten la bandera de la defensa de la democracia frente a una dictadura de mayorías (que el mismo EE.UU. había contribuido involuntariamente a instaurar). Ahora bien, para entender a fondo la política norteamericana debe tenerse en cuenta la existencia de dos líneas internas: una dura —encarnada en Braden, Cordell Hull (Secretario de Estado) y el Council of Foreign Relations— y una línea blanda que comienza con el embajador Massersmith y adopta buena parte del Departamento de Estado. La línea dura buscaba aplastar cualquier intento de posicionamiento argentino en el plano regional, al tiempo que la línea blanda sólo buscaba obtener de la Argentina la cooperación en los grandes objetivos de EE.UU. El ser reflejo de la lucha de estas dos líneas internas es lo que marcó el carácter contradictorio de la política norteamericana. Ya en el segundo período —1945-1955— la política toma un nuevo vuelco tornándose altamente pragmática al punto de olvidar la clausura del diario *La Prensa* (cliente extranjero más importante de la *United Press*) o la propaganda antinorteamericana, a cambio de la ratificación del TIAR, primero, y la alineación en la lucha contra el comunismo después. Para finalizar, son interesantes los conceptos vertidos por Escudé al decir que "...la ex URSS fue más benévola con sus satélites que EE.UU. con los suyos... EE.UU. nunca promo-

vió realmente la democracia en América Latina... lo que realmente ha promovido es la inestabilidad. Esto no era el objetivo de nadie sino el producto inevitable de objetivos norteamericanos que eran contradictorios entre sí...”

Enrique Peltzer se encarga de presentar la política exterior del gobierno de Onganía. Esta se desarrolló con arreglo —básicamente— a una buena relación con Estados Unidos pero que se acotaba al campo económico-financiero puesto que la negativa a la firma de los tratados antinucleares, junto con cuestiones residuales del pasado, impusieron poco margen de maniobra política. De modo que se intentó llenar este vacío buscando el patrocinio de alguna potencia europea. No obstante, los europeos no estaban en condiciones de endosar los problemas de la Argentina. La fórmula conservadora de la política exterior no mostraría ser funcional. En lo que hace a la política latinoamericana, Argentina debió enfrentarse con algunas cuestiones: reticencias respecto al proceso de integración regional, problema del Beagle, construcción de represas en Brasil, y otras.

La política exterior del Proceso, en particular del '81-'83, está a cargo de Roberto Russell. En un serio trabajo, el autor apunta a tres cuestiones que permiten la comprensión del tema. En primer lugar, toma las orientaciones de la política exterior. Estas podrían mencionarse de la siguiente manera: buenas relaciones con EE.UU. (sin que esto implique alineamiento), alto perfil en América Latina, pragmatismo político, económico y comercial, y bajo perfil en el eje Norte-Sur. En un segundo paso se analizan las creencias y motivos personales de los líderes del Proceso. Aquí se ve una combinación de *realpolitik* y anticomunismo que lleva a percibir al mundo como anárquico e inseguro. A este sistema de creencias centrales se acopla uno secundario que abrazaban los actores civiles que tuvieron incumbencia en la política exterior, en especial la diplomacia económica. Por último, es menester analizar las variables organizacionales sobre el proceso de toma de decisiones. Esto nos permite ver que la conducción del Estado se encontraba en manos de una autocracia colegiada que por el sistema de cuotas (33% del aparato estatal para cada Fuerza) instalaba un sistema de veto compartido que creaba “masivos cuellos administrativos”. Es por ello que se podrían observar divergencias entre el Ejecutivo y la Junta, y entre el Ministerio de Economía y el de Relaciones Internacionales.

En lo que respecta al gobierno de Raúl Alfonsín, el análisis está a cargo de Raúl Alconada Sempé, que anota en el listado de principios rectores de la política exterior desenvuelta por el entonces Presidente: la solución política de las controversias —Tratado de Paz Amistad con Chile o el reclamo por Malvinas a través de la ONU—, la no

intervención —participando en el Grupo Apoyo a Contadora que buscaba frenar la intervención de EE.UU. en Nicaragua—, la autodeterminación de los pueblos y la integración latinoamericana, el no alineamiento —desarrollando un rol importante en No Alineados—, y búsqueda de la cooperación internacional.

El libro se completa con trabajos de Federico Storani (1916-1930: *La neutralidad activa*), Hipólito Jesús Paz (1949-1951: *La tercera posición*), Eduardo Roca (1955-1958: *La revolución libertadora*), Carlos Florit (1958-1962: *Perfil internacional en un mundo en cambio*), Bonifacio del Carril (1962: *Estamos con Occidente porque somos Occidente*), Jorge Aja Espil (1962-1963: *El antagonismo ideológico en América Latina*), Lucio García del Solar (1963-1966: *La política exterior del gobierno de Arturo Illia*), Luis M. de Pablo Pardo (1970-1972: *La política exterior argentina y el sistema internacional*), Julio Carasales (1973-1976: *Política exterior del gobierno argentino*), Carlos W. Pastor (1978-1981: *Chile: la guerra o la paz*), Juan R. Aguirre Lanari (1982-1983: *Una ruta transitable*), Domingo Cavallo (1989-1991: *La inserción de Argentina en el mundo*), Guido DiTella (1991-1995: *Política exterior argentina: actualidad y perspectiva*).

De esta manera se constituye un interesante trabajo que, sin embargo, hubiera necesitado nutrirse y complementarse con versiones críticas de ciertos períodos tratados, de modo que se alimente la discusión de ideas. No obstante, representa un aporte que debe ser tenido en cuenta a la hora de abordar la lógica interna de la política exterior argentina en sus distintas etapas.

DIEGO PABLO GORGAL

LETRAS Y POLÍTICA II

“Literatura Argentina y Política. De Lugones a Walsh”, de David Viñas. Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1996. 222 págs.

Nuevamente David Viñas nos introduce, desde la perspectiva de la “izquierda nacional”, en un interesante itinerario por los caminos de la literatura argentina que es continuación y final del presentado en el volumen anterior (*Letras y Política*, en COLECCIÓN N° 3).

El recorrido se realiza esta vez en cuatro etapas: *Crisis de la ciudad señorial*; *Boedo y Florida en los años del radicalismo clásico*; *La década infame* y *Y Después*.

En la *Crisis de la ciudad señorial* se analiza la relación literatura-política durante el período en que los años de apogeo de la

élite liberal llegan a su fin y comienza un repliegue que va marcando el fin del liderazgo de los "gentlemen escritores" y el surgimiento de una nueva generación de intelectuales provenientes de la clase media, hijos de inmigrantes en muchos casos, vinculados con el anarquismo, el socialismo y el radicalismo.

Cané, Wilde y Mansilla, últimos sobrevivientes de los "gentlemen escritores" vinculados a la literatura como ocupación lateral, son los últimos exponentes de una élite tradicional cuyos integrantes han recorrido un circuito político-literario ocupando en el 800 los primeros planos de la política ejecutiva, para descender en el 900 al nivel ministerial, recalando finalmente en la diplomacia. Con su desaparición finaliza un recorrido que comenzó con Sarmiento y Mitre.

Como todo período de transición, el que se extiende entre 1898 y 1916 es rico en matices.

Joaquín V. González e Indalecio Gómez representan al reformismo liberal. Con lucidez política aportan ingredientes progresistas y de descompresión en el momento de repliegue de la élite liberal cuando se plantea el problema de la democratización política. Ambos comprenden la situación y buscan los medios para solucionarla sin afectar la tradición liberal. Agotada la idea de *laissez faire*, las circunstancias marcan la necesidad de la intervención estatal para resguardar la salud del cuerpo social envenenado por los vicios que fermentan en Europa y que la inmigración ha traído a estas playas.

En el ámbito académico la reconversión se produce a través de figuras intermedias como Groussac, Juan A. García, Diego Luis Molinari, Carlos O. Bunge y José María Ramos Mejía, que propician el modernismo o adhieren al darwinismo social dentro de los límites permitidos por el margen de tolerancia de la élite señorial que aunque replegándose en lo político, mantiene vigente la tradición liberal en lo cultural.

La línea revisionista iniciada a fin de siglo por Adolfo Saldías cobra impulso con David Peña, Juan Alvarez y Carlos Ibarguren. La crítica al sistema, impulsada en los dos primeros por su perspectiva provinciana y economicista y en Ibarguren por su catolicismo, va conformando la ideología nacionalista de un sector antiliberal de la oligarquía sobreviviente fuera del gobierno. De todos modos, en tanto la polémica no trascienda el plano académico restringido, el sistema la consiente y propicia.

En lo específicamente literario, tanto en sus relaciones con el grupo gobernante como en su situación personal, en los primeros años del siglo puede transitarse desde una extrema derecha intelectual —representada por Angel Estrada o Enrique Larreta que pro-

longan las pautas de Wilde y Cané— hacia el modernismo de Darío, pasando por tonos diversos como los de Lugones, Rojas o Gálvez, la promesa de Ingenieros y la soledad de Quiroga, hasta llegar a la extrema izquierda socialista o anarquista de Manuel Ugarte, Gerchunoff, Payró, Sánchez o Ghiraldo.

Todos comparten circuitos similares inicialmente. Nacionalismo, antipositivismo, comprensión del agotamiento del proyecto y propuestas renovadoras. Lugones y Rojas se sitúan posteriormente en campos antitéticos —autoritarismo/radicalismo—; Gálvez, en cambio, aunque cuestiona el positivismo liberal y coincide en las propuestas renovadoras, apela al pasado español. En todos los casos, objeciones a los resultados del liberalismo pero sin enfrentar a la élite señorial. Ingenieros es todavía uno más entre los que manifiestan alguna expansión rebelde mientras Quiroga elige la soledad, Ghiraldo y Ugarte optan por la expatriación voluntaria, Payró se situará cada vez más lejos de su rebeldía inicial y Gerchunoff se esfuerza por lograr un renacimiento de la *coexistencia judeo-española* en América.

En la Argentina del 900 la relación del intelectual con la élite liberal tiene matices que marcan estrategias de vida, sumisiones y equívocos privilegios. Hay una gran distancia entre el mundo de los “gentlemen escritores” y el de los recién llegados que deben trabajar para poder crear. La carrera literaria se confirma con un empleo o al menos una colaboración en un diario; la vinculación a los órganos del periodismo para poder vivir se convierte en dependencia. Casi ninguno de los escritores del 900 escapa de la órbita señorial y de sus tentaciones. De este modo, sostiene el autor, la historia cultural del período es la historia de las tácticas y anexiones de los intelectuales para prolongarse frente a las presiones visibles e intranquilizadoras de la masa.

A medida que recorre el abanico de intelectuales representativos del período, Viñas va evocando los momentos más significativos en lo político, lo económico y lo social: el fraude permanente, el nacimiento del ejército profesional, el surgimiento del cristianismo social, la Ley de Defensa Social y la Liga Patriótica, el ascenso de las clases medias, el impacto inmigratorio, el crecimiento de los barrios, la “mala vida” y las contradicciones y peligros que amenazan la supervivencia de una oligarquía que en el Centenario aparece brillante y segura de sí.

El proceso de profesionalización de la literatura comienza a principios de siglo —sobre todo en el teatro— pero no implica un desarrollo generalizado. El ascenso de las clases medias y el surgimiento de un nuevo tipo de público posibilita este proceso que encuentra su marco normativo en la Ley de Propiedad Literaria y

Derechos de Autor de septiembre de 1910. El escritor se institucionaliza socialmente. Burocratización cultural y periodismo canónico son dos pautas clave, complementarias de dicha profesionalización.

El Centenario marca la culminación del optimismo nacional fundado en el progreso indefinido. Luego vendrá el gobierno de la clase media y la visita de Ortega, quien formulará la "esencia de la inseguridad argentina". Es también el momento en el que surgen postulaciones nacionalistas e idealistas que exacerban tensiones existentes y están cargadas de potencial xenofobia, culminación del malestar iniciado por el proceso inmigratorio. Son los primeros síntomas del miedo de la burguesía liberal y de los escritores vinculados a ella.

El teatro y su entorno ocupan el centro de gravedad en los años posteriores al Centenario como un síntoma más de la crisis de la ciudad señorial, por su lenguaje, su temática y sus realizadores. Esa crisis se manifiesta en las contradicciones del imaginario difundido entre la burguesía liberal y los sectores más dóciles de las nuevas clases medias y la "mala vida" de los barrios, los conventillos, los bajos fondos. La patota y el titeo porteños se reproducen y exasperan recíprocamente y representan el desplazamiento desde el espacio civilizado del club del '80 al cabaret del Centenario. El mal vivir se convierte en tópico generalizado y se expresa a través de los versos de Almafuerte y de Carriego y de los primeros sainetes de Vaccarezza y Discépolo. El teatro de Florencio Sánchez "se polariza frente al gauchismo moreirista", convirtiéndose en el arquetipo del nuevo teatro culto "que no necesita echar manos de gauchos 'retobaos' para plantear problemas auténticos".

El ascenso de Yrigoyen al poder marca el comienzo de la segunda etapa. Viñas se centra en el análisis del grotesco como forma superior del contenido del sainete, a través de la obra de uno de sus máximos exponentes: Armando Discépolo. Lo considera "el grotesco del proyecto liberal" en el que la densidad de sus protagonistas radica en su peculiar anomia. En su perspectiva, el grotesco aludirá a una denuncia sorda de la unidad social. El presente se identifica con el mal, en tanto el bien se refugia en la interioridad. *Mustafá, Giacomo, Mateo, Stefano* señalan el desplazamiento de los componentes sociales grupales, hacia los individuales. La elección y elaboración de tipos sustituye a la de ambientes, propios del sainete.

En el trayecto que media entre Versailles y el *crash* del '29, la profesionalización en la franja teatral llega a la mercantilización como síntoma de una cultura popular masiva. El impacto inmigratorio enlaza a autores, actores, empresarios y críticos con un público nuevo. Los temas urbanos del grotesco sintetizan la aglomeración de los hijos de inmigrantes en un ámbito al que han llegado por el bloqueo de la tierra prometida.

Es también el momento del rebrote del nacionalismo cultural populista, que los voceros de los grupos tradicionales califican de plebeyo. El nuevo público en avance es vivido como invasión/violación. Lo que desde el '90 era presentimiento, se convierte en certeza, alarma, permanente denuncia y conspiración. Desde *La Nueva República* y *La Fronda* comienza a generarse una oposición creciente contra Yrigoyen. La burla e impugnación de las clases tradicionales que en el período anterior se había centrado en el "gringo", se desplaza ahora hacia el hijo del gringo encarnada en el yrigoyenista, el "peludista".

Para el autor, el '30 condensa el rechazo de la élite tradicional a lo que culturalmente significan el sainete y el grotesco como connotaciones del yrigoyenismo de clases medias.

En el ámbito literario y en torno de algunas revistas como *Martín Fierro* y *Claridad* se va generando un espacio polémico entre los escritores que adscriben a los grupos de Boedo o Florida. Para Viñas, Boedo coincide en su temática con el sainete y el grotesco y enlaza a Discépolo con Roberto Arlt. Florida, en cambio, no pasa de vanguardia modernista y se sitúa en la línea de la crítica tradicional al plebeyismo yrigoyenista. Aunque no faltan quienes, como Leopoldo Marechal, se desplazan hacia lo popular en un itinerario que recorre la distancia que va del yrigoyenismo al peronismo. El grotesco, según Viñas, resulta la izquierda concreta de Boedo y es la expresión literaria del fracaso de la inmigración propuesto por el liberalismo.

Antes de comenzar el recorrido por los caminos de la Década Infame, Viñas recorre los meandros, lecho, afluentes y embocadura de la etapa precedente para poner de relieve algunas resonantes polémicas de la época como las que se producen en torno al papel de la mujer en la sociedad y que en algún caso requiere de la intervención de las autoridades eclesiásticas. Polémicas que ponen de relieve el acotamiento paulatino y preciso que desde el poder se diseña a la tolerancia hacia el intelectual crítico, tolerancia que en la década siguiente será reemplazada por la censura. Los diez años posteriores están marcados en lo artístico por el predominio del imaginario cinematográfico hollywoodense, y en lo político por la dependencia.

El tradicional viaje a Europa es reemplazado por el viaje a Estados Unidos, donde radica la salvación. El cine comenzó a implicar un vuelo imaginario como contraparte de la rutina oficinesca. Hollywood y el universo del cine provocan deslumbramiento en los escritores argentinos nacidos al filo del 900. Surge un espacio que condiciona una industria nacional, y en ese marco el cine comienza a funcionar como opción laboral para muchos a quienes fue distan-

ciado de espacios literarios más tradicionales como Chas de Cruz, Sixto Pondal Ríos o Ulises Petit de Murat.

Nicolás Olivari con *El hombre de la baraja y la puñalada* y González Tuñón con *La Rosa Blindada* marcan los dos polos del imaginario verificable en la literatura argentina entre Hollywood y Madrid.

El itinerario de Olivari se va construyendo desde un vanguardismo que se articula íntimamente con una denuncia política contra la penetración del imperialismo cultural. El de González Tuñón comienza con su contacto con las vanguardias europeas —surrealistas—, se define con la explícita politización inscripta en la Guerra Civil Española, con la recuperación de la tradición y la mitologización de Madrid, se articula posteriormente en un universalismo poético humanitarista y coyuntural que rescata el pasado argentino y se cierra con la voluntad de recuperar Buenos Aires como ciudad entrañable y arrabal del mundo.

El momento literario de la década está connotado por las conversiones. Scalabrini Ortiz pasa del ensayismo simbólico al análisis concreto del imperialismo inglés. Martínez Estrada pone rumbo a los trabajos parasociológicos de *Radiografía de la Pampa* Borges abandona el criollismo vanguardista por sus preferencias metafísicas; Oliverio Girondo transita del humorismo de *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía* a las exasperaciones de *Espantapájaros*.

En el espacio revisteril de la literatura argentina posterior al '30, Viñas recorre un camino jalonado por *Sur* —que en 1931 marca un eje centrista—, *Criterio* —expresión de la derecha católica tradicional—, *Sol y Luna* —que subraya la fascinación provocada por el auge de la Roma de Mussolini y el falangismo español— y *Contra* —expresión de la izquierda vanguardista que yuxtapone literatura y política—.

La literatura de la época se caracteriza por su intensa politización y por la intensificación de los componentes heterodoxos y las denuncias.

La última parte de la obra se articula en torno de la generación de escritores jóvenes que hacia 1953 se agruparon alrededor de la revista *Contorno* y a quienes Emir Rodríguez Monegal bautizara "los parricidas" por su actitud crítica frente a Mallea, Martínez Estrada y Roberto Arlt. Una generación que buscaba una ecuación que conjurase el elitismo del campo liberal con los tonos populistas del peronismo clásico porque percibía que la gran tradición liberal se había agotado y sus representantes resultaban arcaicos, solemnes e ineficaces, en tanto que el peronismo no había producido nada que los atrajera.

Sin embargo, Martínez Estrada parecía servirles de común denominador de una serie que se abría con Sartre y se cerraba con Arturo Frondizi. Por eso, alrededor de 1955 se produjo el apogeo de un autor que surgía como el referente mayor e ineludible en el momento final del peronismo clásico, el tránsito de la Revolución Libertadora y el comienzo de la presidencia de Frondizi. *Radiografía de la Pampa* se inscribe en una trama tejida por el Pacto Roca-Runciman y la abdicación de las tradiciones antiliberales del '80 en trueque del apoyo de los católicos al gobierno de Justo. Viñas define a la obra como un "libro apocalíptico en correlación a una coyuntura de catástrofe". Señala también la coincidencia con *La Argentina y el Imperialismo británico* de los hermanos Irazusta. Considera, sin embargo, que la adopción de modelos intelectuales que provenían de Ortega, Waldo Frank y Keyserling, impregnados de una perspectiva irracionalista traducida en una especie de fatalismo telúrico, condicionaron la obra de Martínez Estrada en tres aspectos: el criterio de circularidad contrapuesto a toda posibilidad de cambio, su visión naturalista que impide el reconocimiento histórico concreto, y la obstinación en la idea de "destino". Estima que más que un cuerpo de doctrina, la obra es una "polvareda de hipótesis" que retoma el tópico generalizado en esos años, principalmente por Eduardo Mallea, de la Argentina invisible. Debe ser inscripta, sostiene, en la serie de denuncias de la década no como texto sino como actitud militante.

Tras la caída del peronismo —que nunca le resultó tolerable—, Martínez Estrada se desplaza hacia la izquierda en el contexto de un proceso latinoamericano definido por la Cuba castrista y el fenómeno del Che Guevara e inicia su voluntario exilio primero hacia Cuba, luego hacia México y finalmente hacia el exilio interior en su propio país.

El epílogo del último capítulo conduce al lector nuevamente por los meandros, lecho, afluentes y embocadura de un río en el que navegan Bernardo Verbitsky, Leopoldo Marechal, González Lanuza y Cortázar para desembocar en el análisis de la obra de Rodolfo Walsh cuyos textos van dibujando el tránsito desde el juego a la tragicidad, desde lo policial como acertijo intelectual al comentario de la represión. La conclusión final pone de relieve las contradictorias relaciones de la literatura con la política y el poder, contradicciones que desde la perspectiva de Viñas le permiten formular una especie de ecuación en la que el mayor riesgo de sanción corresponde al mayor criticismo y heterodoxia de quienes desafían los condicionamientos del statu quo establecido.

Polémicos e innovadores, los ensayos de esta segunda parte de *Literatura y Política* abren nuevos horizontes de reflexión —aún

para aquellos que discrepen ideológicamente con el autor y enriquecen el análisis de momentos clave en la historia de nuestro país.

ELENA PINEIRO DE SALAVERRI

MEMORIA

“Documentos (1970-1973). De la guerrilla peronista al gobierno popular”, de Roberto Baschetti (comp.).
Ed. de la Campana, Buenos Aires, 1995. 639 págs.

Comenzar afirmando que la reflexión sobre el devenir histórico de una nación es la piedra angular por intermedio de la cual se accede a un conocimiento casi acabado de la misma es quizás encabezar estas breves líneas con una verdad de perogrullo. Es harto conocida la importancia de preservar el patrimonio histórico de un país, y sobre todo si hablamos del campo político. Nunca será exagerado el rol fundamental que juega la historia en el análisis de la realidad coetánea y futura de una nación pues, siendo la política es el reino de lo particular y contingente, la historia se erige como instrumento insustituible del obrar político.

Es por ello que el trabajo realizado por Roberto Baschetti —sociólogo e investigador— constituye un aporte impar a nuestra memoria, sumándose al ya existente *Documentos de la resistencia peronista: 1955-1970* (Punto Sur, Bs. As., 1988), también de su autoría. Ahora bien, ¿en dónde radica el interés de estudiar un período de la historia argentina en el cual el país estuvo viviendo una virtual guerra civil? La vigencia está dada no sólo en el interés histórico de reconstruir un periodo determinado sino que a esto debe sumársele el interés político constituido por la posibilidad de avanzar en el estudio y la comprensión de un fenómeno político que —mas allá de cualquier valoración— representa la llave explicativa de buena parte de la historia política argentina de la segunda mitad de nuestro siglo. El fenómeno en cuestión es el peronismo. A través de las páginas se desliza un hecho casi connatural al justicialismo: sus conflictos y oposiciones internas a menudo ocupan un plano más destacado que el accionar de sus opositores. Bien podría ensayarse una explicación por el hecho de que el peronismo, al ser una realidad casi exclusivamente carismática en detrimento de lo dogmático o doctrinario, obra como fuerza centrípeta agrupando como ninguno grupos políticos tan dispares y heterogéneos que en épocas de catarsis ideológica producen los mentados conflictos.

Es por ello que resulta casi una obviedad apuntar la necesidad de abordar el tema individualizando los distintos actores que en su momento eligieron la vía revolucionaria como único expediente legítimo para el acceso al poder. Al realizar este trabajo se puede observar que este sector del peronismo “tuvo una diversidad y una complejidad que no se ha apreciado suficientemente hasta ahora”. De esta manera el autor enumera —bajo el título *Quién fue quien: 1959-1973*— los siguientes grupos guerrilleros:

- Uturuncos: de origen peronista y conducidos ideológicamente por John W. Cook conforman la primera tentativa de guerrilla rural en la Argentina;
- Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara: formado por peronistas que buscaban diferenciarse del nacionalismo “oligárquico” adoptando posiciones de izquierda;
- Ejército Guerrillero del Pueblo: primera tentativa foquista seria y organizada conducida por el periodista Jorge Masetti;
- Movimiento Revolucionario Peronista: surge de un desprendimiento sindicalista opuesto a la conducción de Vandor;
- Acción Revolucionaria Peronista: creada por John W. Cook, buscó dar frutos teóricos sintetizando el socialismo con el nacionalismo revolucionario;
- Peronismo de Base: brazo político de las Fuerzas Armadas Peronistas que privilegiaba el trabajo político por sobre la acción armada;
- Movimiento Revolucionario 17 de Octubre: organización de tipo marxista-leninista que matizaba estas posiciones con conceptos peronistas;
- Partido Revolucionario de los Trabajadores-ERP: grupo trotskista que operaba en tres niveles: militar, delictivo y popular. Con proyección regional, tuvo gran peso dentro del espectro guerrillero;
- Fuerzas Armadas de Liberación: desprendimiento del Partido Comunista Argentino (PCA) que opta por la vía violenta;
- Fuerzas Armadas Peronistas: una de las más importantes organizaciones del peronismo revolucionario. Sus actividades se encuadraban en lo político-militar;
- Fuerzas Armadas Revolucionarias: provienen socialmente de la pequeña burguesía radicalizada, y políticamente del Partido Socialista Argentino de Vanguardia, PCA y Democracia Cristiana peronizada. Con el nombre de Ejército de Liberación Nacional fueron los responsables de quema de los Supermercados Minimax;
- Descamizados: provenían de los sectores juveniles de la Democracia Cristiana. Privilegiaban el trabajo social y sólo secundariamente recurrían a la violencia;

• Montoneros: fue la más grande organización revolucionaria peronista. Se alimentó de la Juventud Obrera Católica, de curas tercermundistas, de la izquierda independiente, de la Juventud Estudiantil Católica y de los grupos peronistas mencionados arriba obrando como núcleo convocante cuadros del nacionalismo católico y la revista *Cristianismo y Revolución*.

Luego del breve *racconto*, Baschetti realiza una cronología de los hechos de violencia llevados a cabo, y recién a continuación pasa a tratar la parte más sustanciosa del libro: los documentos recopilados. A través de los mismos pueden encontrarse denominadores comunes a todos los grupos subversivos. Por ejemplo, observamos que el socialismo —de inspiración fundamentalmente cubana— constituye el estadio político que pretenden construir; la estrategia conducente al mentado fin no puede ser otra que la guerra revolucionaria pues hay una valoración negativa de la democracia y del sufragio (democracia formal y burguesa); se repiten numerosas veces conceptos marxistas como: explotación del hombre por el hombre, creación del hombre nuevo, violencia purgatoria justificada por la existencia de un sistema que es de suyo violento, fuerzas armadas que obran como instrumento de represión de la oligarquía, etc. Empero, salvo en el caso del ERP —que se mantiene en la ortodoxia trotskista—, el peronismo revolucionario utiliza al marxismo como método de interpretación de la realidad, que al estar marcada por la experiencia peronista no sólo no puede dejarla a un lado sino que a partir de ella construirá toda su arquitectura política. Dicho en otros términos, es a partir de Perón y el peronismo y con Perón y el peronismo que pretenden realizar la revolución socialista y nacional. Esto —sin duda— pudo darse únicamente como consecuencia del apoyo explícito que brindó Perón a Montoneros y demás grupos subversivos —como lo demuestra la carta de Perón a Montoneros que contiene el libro—.

Por cuestiones de espacio dejamos a los interesados la lectura y análisis del resto de los documentos compilados, entre los que se encuentran, vgr., los comunicados de las organizaciones subversivas, artículos y declaraciones del Movimiento de Sacerdotes por el Tercer Mundo, correspondencia Perón-Montoneros y documentos internos donde se vierten consideraciones sobre la situación de la guerra revolucionaria, mensajes de Perón, entrevistas a protagonistas donde revelan sus motivaciones, ideas, bagaje ideológico, etc.

Por lo expuesto y porque nos pone en contacto con las fuentes de la época, el presente libro comporta un valioso aporte a nuestro archivo de la historia argentina.

DEBILIDADES DE LA DEMOCRACIA

“Representaciones inconclusas: las clases, los actores y los discursos de la memoria: 1912-1946”,
de Waldo Ansaldi, Alfredo R. Pucciarelli y José C. Villaruel.
Ed. Biblos, Buenos Aires, 1995. 224 págs.

El conjunto de investigaciones presentadas en este volumen se inscribe, según sus editores, dentro del área de la sociología histórica, nuevo enfoque que “no es una síntesis o una yuxtaposición de sociología e historia”, sino un híbrido que recupera zonas marginales de dos o más disciplinas pero que no se fundamenta en la colaboración interdisciplinaria “sino en la especialización realizada en la intersección de dichas disciplinas” (Matei Dogan y Robert Pahre son los promotores de esta nueva perspectiva renovadora de las ciencias sociales, perspectiva que ellos mismos han denominado “La marginalidad creadora”).

En realidad se trata de disfrazar, bajo el manto de innovaciones metodológicas, conocidas posiciones de ciertos círculos intelectuales de izquierda que tuvieron su momento de apogeo en las décadas del ‘60 y ‘70. No es una novedad que el objeto de análisis histórico surge de una interrogación previa sobre las características de algún problema que plantea el presente. Lo que puede resultar novedoso es que, desde la perspectiva de estos investigadores, el análisis del hecho o proceso histórico no se realice exhaustivamente en toda la secuencia sino sólo en relación a aquellos hechos o procesos que mejor expliquen el problema. En definitiva, la selección depende de lo que convenga a su interpretación. Los mismos autores que proponen este tipo de “lectura sintomática” advierten al lector acerca del peligro de elaborar interpretaciones subjetivas.

Aplicando los recursos teóricos y metodológicos de la sociología al análisis de los aspectos centrales del período de nuestra historia que transcurre entre 1912-1946 —período de media duración según lo ha denominado Braudel—, los autores se proponen reflexionar sobre las modalidades, formas, mecanismos y justificaciones del ejercicio del poder en la sociedad argentina con el objeto de identificar tendencias, explicarlas mediante leyes o hipótesis de valor probabilístico y obtener conclusiones válidas para interpretar el presente. En este caso se trata de comprender por qué no logró afirmarse la democracia política en nuestro país y cuáles son las probabilidades de lograrlo en la actualidad.

Los trabajos están organizados en dos grandes bloques de acuerdo a los temas tratados. En el primer bloque, denominado *Política e Ideología*, se analizan cuestiones referidas a los partidos

políticos y los procesos ideológicos a partir de las categorías gramscianas de "sociedad civil" (ámbito del consenso) y "sociedad política" (ámbito de la coerción) y del concepto teórico de hegemonía (orden social y político definido por la supremacía de la sociedad civil sobre la sociedad política).

Waldo Ansaldi, divide el período estudiado en dos etapas: la etapa de la "hegemonía burguesa" con sus fases organicista y pluralista y la etapa de "crisis orgánica", que comienza en 1930 y se extiende hasta nuestros días. En la primera fase (1880-1916) la burguesía se constituyó en dirigente o hegemónica en los planos económico (especialización agroexportadora) y cultural (liberalismo laico, ecuménico y democratizante), en tanto que en el plano político estableció una dominación sin consenso y sin dirección, es decir como forma oligárquica del ejercicio del poder.

Esa hegemonía "organicista" se quebró por obra de las inquietudes de los sectores reformistas de esa misma burguesía, inquietudes que culminaron con la sanción de la Ley Saenz Peña. Se produjo entonces un nuevo tipo de hegemonía "pluralista", que tendió a fortalecer corporativamente a la sociedad civil y a debilitar la mediación de los partidos políticos. Ese fortalecimiento corporativo no fue democrático, y a largo plazo reforzó el poder estatal y las tendencias favorables al ejercicio coercitivo del poder político que hicieron eclosión cuando la crisis económica del '29 puso de manifiesto el agotamiento del modelo agroexportador. A partir de 1930 los cambios en la economía y en el Estado se produjeron sin alterar la dominación de clase, pero sin lograr reconstruir la hegemonía. Por lo tanto la burguesía dió "inequívoca primacía a la coerción". Esta circunstancia que Ansaldi denomina "empate hegemónico" es una situación "de contradicciones sin solución" que persiste hasta el presente.

El tema de la "hegemonía" es retomado a partir de los mismos principios metodológicos y categorías teóricas por Alfredo Pucciarelli y María Cristina Tortti, aplicado ahora al enfrentamiento entre neutralistas, rupturistas e yrigoyenistas durante el último lapso de la Primera Guerra Mundial.

La posición neutral del país durante el último tramo de la Primera Guerra Mundial, sostenido con absoluta firmeza por el gobierno de Yrigoyen frente a la presión de las potencias aliadas y del frente opositor, produjo un tipo de confrontación social inédito hasta ese momento. A partir de los datos empíricos de esa situación, los autores ponen a prueba el modelo de hegemonía compartida concluyendo que al adoptar finalmente una "neutralidad benevolente" el yrigoyenismo fracasó en recomponer la hegemonía orgánica y perdió la oportunidad de acumular mayor poder político interno,

ampliar la adhesión popular a su estrategia y ensanchar los márgenes de negociación del país en el contexto internacional.

Patricia Funes propone una reflexión sobre la producción intelectual en la década del '20 en torno a los temas de la nación, la patria y la argentinidad, temas relevantes en el pensamiento de Ricardo Rojas, Leopoldo Lugones y José Ingenieros en el marco del movimiento de ideas común a toda América Latina. A partir de las dificultades para definir la nación y de las dos vertientes provenientes de la ilustración y el romanticismo, se establece la diferencia entre la idea de nación-contrato, en la que la nación se vincula con la ciudadanía política, y la de nación-genio como totalidad orgánica inclusiva fundada en el alma colectiva y la tradición.

Ricardo Rojas apela a una restauración nacional fundada en la educación para lograr la coincidencia de patria y nación a través de un proceso histórico y civilizador, laico, democrático y pacifista. Lugones en cambio, comienza acercándose a la nación desde los conceptos de libertad y justicia para evolucionar —al terminar la Primera Guerra Mundial— hacia un nacionalismo militarista fundado en las categorías de jerarquía, tradición y orden opuestas al liberalismo. En Ingenieros, la clave en la interpretación de lo nacional es la noción de "argentinidad". La nacionalidad argentina es una entidad a construir en el plano ético, cultural, filosófico y social. Finalmente, la perspectiva del radicalismo "evidencia la visión más clásicamente liberal-contractualista".

Fluctuando entre lo universal y lo particular, entre la nación-contrato y la nación-genio, todas las interpretaciones concuerdan en el principio de que la nación debe ser salvada.

Coincidiendo con conceptos vertidos en los trabajos que le preceden, Darío Marcor considera la década del '30 como el escenario en que el agotamiento del parlamento y de los partidos políticos como instancias de mediación de los conflictos sociales, impulsa un proceso de redefinición ideológico-político tanto en el orden nacional como en los Estados provinciales respecto de la relación del estado y la sociedad en los planos económico y político.

El artículo analiza la experiencia de reforma del Estado provincial santafesino realizada por el gobierno demócrata progresista de Luciano Molinas, experiencia frustrada por la intervención federal de 1935. La reforma de la Constitución de Santa Fe convocada en 1920 enfrentó a demócratas progresistas y radicales en torno a dos cuestiones: una religiosa —la laicización institucional— y otra política —descentralización municipal y educativa—. Finalmente ante el veto del Poder Ejecutivo y la intervención del Superior Tribunal de Santa Fe, se declaró la invalidez de la reforma.

El triunfo de la Alianza Civil en las elecciones de 1931 —alianza en la que el Partido Demócrata Progresista tenía el mayor peso— y la cómoda mayoría de sus miembros en la Legislatura hizo posible diez años después la aprobación de la ley que ponía en vigencia aquella Constitución.

Sin embargo, el proyecto político de Molinas tendiente a restringir las facultades del Ejecutivo en beneficio de una mayor descentralización, autonomía administrativa, independencia judicial, extensión del régimen municipal y participación creciente del pueblo, fracasó precisamente por obra de esa restricción y por la imposibilidad de los partidos políticos para actuar como canales aptos para procesar los conflictos planteados. Desde la perspectiva del autor, las interpretaciones clásicas que señalan la fragilidad del proceso nacional de reforma política en la ausencia de un partido orgánico, producto de la incapacidad de las fuerzas conservadoras para adaptarse a la reforma política, no dan respuesta al fracaso de la reforma santafesina en 1931. Considera que el problema es de otro orden y que involucra “al sistema político y su sistema de relaciones, al sistema de partidos y a la red institucional de organización y distribución del poder público.”

Los dos últimos trabajos de la primera parte hacen referencia a partidos políticos. El de María Cristina Tortti se interroga acerca de la respuesta que dió un sector de la dirigencia del Partido Socialista Argentino a los desafíos de la época a mediados de la década del '30. La autora pasa revista a la trayectoria del partido desde su fundación, en torno a su concepción teórica y doctrinaria, concepción que tiende a reducir la acción política de la clase obrera a la actividad electoral del ciudadano, escindiéndola de su lucha gremial. En ese contexto, las líneas ubicadas a la izquierda de la posición oficial partidaria, demandaban una mayor vinculación con el movimiento obrero y un recorte del poder adquirido por los parlamentarios.

En el Partido Socialista Argentino, las voces que surgieron a partir de 1932 cuestionando la orientación del partido presentaban inquietudes vinculadas no sólo a los sucesos internacionales, sino también —y principalmente— a la situación nacional en relación a la ruptura del orden democrático.

De la disputa surgieron dos corrientes: la revolucionaria, que propugnaba una drástica ruptura con la tradición reformista y la elección del marxismo y la lucha de clases como vía de acción, y la reformista, que por medio de la estrategia de la “revolución constructiva” produjo una renovación que incorporaba muchas de las preocupaciones y expectativas propias de la socialdemocracia internacional. Dicha estrategia intentaba generar una renovación parti-

daria e impulsar la apertura política integrando los sectores populares en un movimiento de inspiración socialista que, superando la línea obrerista y la táctica puramente parlamentaria, diera sentido nacional a su proyecto.

María Moira Mackinnon, por su parte, analiza los orígenes del Partido Peronista. Desestima los análisis que lo consideran como sometido a una conducción verticalista y convertido en agencia de la burocracia estatal. Esta caracterización consiste para la investigadora en un punto de llegada que se puede ubicar en torno a 1950. Su hipótesis, en cambio, sostiene que luego del ascenso de Perón al poder en 1946 se desató entre las principales corrientes que formaban la coalición peronista un rico conflicto de intereses y debate de ideas, que se desarrolló no sólo en el ámbito político sino también en el de las instituciones del Estado.

En sus conclusiones, la autora reafirma la necesidad de revisar el énfasis puesto por estudios anteriores sobre el autoritarismo como explicación del fracaso para construir el partido. Considera que el período estudiado revela que el Partido Peronista no fue un apéndice del Estado ni la extensión de la voluntad presidencial, sino una organización en formación dotada de vitalidad, y en cuyo seno se desarrollaron fuertes e importantes debates y luchas políticas entre sindicatos y comités, que fueron quienes reclamaron la intervención del liderazgo de Perón para dar unidad al partido.

La segunda parte de la obra presenta una serie de artículos cuyo tema central es la relación entre el Estado y las corporaciones. Horacio Pereyra abre la serie con un artículo que fuera publicado en *Todo es Historia* en el año 1978 en torno al "Plan de Reactivación Económica" presentado en 1940 por el entonces ministro de Hacienda de la Nación Dr. Federico Pinedo. Tras explicar en detalle la situación del país en 1940, el autor inicia el análisis del Plan, cuyo principal objetivo ante la situación planteada por la guerra mundial era dinamizar la actividad interna mediante estímulos a la industria y a la construcción de viviendas, ampliar el comercio con los países vecinos y comprar los excedentes de la cosecha para evitar una disminución en las áreas de explotación. Como contrapartida de estas propuestas también señalaba el Plan los problemas financieros y de déficit de las cuentas exteriores que denotaban en realidad la falta de recursos para implementarlo, y por ende los aspectos débiles de la iniciativa. Se refiere luego a los distintos ángulos desde los que provino la oposición al proyecto, los intentos del ministro por negociar con la mayoría opositora en la Cámara de Diputados, el naufragio del Plan y la renuncia de Pinedo.

El autor concluye haciendo un paralelismo entre Joaquín V. González y Federico Pinedo. En ambos casos los grupos beneficia-

rios de ejercicio del poder se contrajeron en defensa de sus intereses inmediatos y desoyeron las voces de quienes percibían la necesidad de efectuar ciertos cambios para seguir manteniendo el dominio de la situación.

Por su parte, Juan Carlos Torre recorre en su investigación la trayectoria de la vieja guardia sindical antes del surgimiento del peronismo. En 1930 el movimiento sindical, débil y marginal, había logrado reorganizarse y crear la CGT. Pero la nueva coyuntura posterior al golpe militar, implicó la pérdida de las ventajas de acceso directo al Estado que las organizaciones sindicales habían disfrutado bajo las administraciones radicales.

Ante los problemas planteados por la restauración conservadora y los acontecimientos que se desarrollan en la escena internacional, dentro de la central sindical se generan fuertes debates entre quienes propician la vía de la prescindencia y la de aquellos que sostienen la necesidad de unirse a otras fuerzas políticas en un frente común que defienda a la democracia ante la amenaza fascista. En 1935 esta última corriente consigue dominar la Unión Ferroviaria, y con el apoyo de otros gremios se constituye en la nueva dirección de la CGT desplazando a los sindicalistas que fundan la Unión Sindical Argentina. A partir de ese momento la central obrera rompe su aislamiento y el movimiento sindical se politiza para defender la democracia y la libertad. Así, la vieja guardia sindical cumple una trayectoria desde el gremialismo prescindente de 1930 al apoyo explícito de la vigencia de las libertades constitucionales.

Ricardo Sidicaro explora el conflicto entre los políticos conservadores y los sectores socioeconómicos predominantes entre los años 1930-1943, como producto de la consolidación del Estado intervencionista y del modo de regulación del sistema político. Constituye una interpretación novedosa frente a versiones anteriores que no otorgaban significación a este tipo de conflicto.

A comienzos de la década del '30 la convergencia entre los políticos conservadores y los sectores socioeconómicos predominantes produjo la transformación del Estado merced a la creación de instituciones destinadas a dirigir la economía y a beneficiar o proteger intereses sectoriales. En 1940 el "Plan Pinedo" provocó la ruptura de la convergencia. Los políticos conservadores, al retener el control del gobierno mediante el fraude, tenían más posibilidades de actuar con independencia respecto de los intereses y puntos de vista de los sectores socioeconómicos. Estos, por su parte, veían con inquietud el avance del intervencionismo estatal y denunciaban el clientelismo y la búsqueda de beneficios propios de los políticos,

poniendo el énfasis no en una cuestión de intereses meramente económicos sino en la cuestión de los intereses particulares de quienes ejercían el control gubernamental.

La pérdida de apoyo de sus antiguos aliados y las características asumidas por el conflicto deterioraron la escasa legitimidad de los dirigentes conservadores que vieron el fortalecimiento del Estado, de sus recursos y de la eficiencia de su gestión administrativa como alternativa necesaria para preservar sus intereses, creando así "una condición estructural que incidió en la conformación y los modos de acción de los nuevos actores que alcanzaron, con el peronismo, la preeminencia en la escena política".

El último ensayo de la segunda parte está vinculado también a los conflictos entre actores políticos y socioeconómicos en el escenario abierto por la revolución de Junio de 1943. En este caso, Patricia Berrotarán y José C. Villaruel intentan comprender los orígenes del peronismo en relación con la estrategia económica y de cooptación de la burguesía industrial realizada por el sector del gobierno dirigido por Juan D. Perón a través del estudio del Consejo Nacional de Posguerra. Desde una perspectiva innovadora la investigación que comentamos se propone analizar el marco histórico en que se desarrolló la percepción de un futuro dominado por la penuria económica y el conflicto social y estudiar posteriormente las funciones del organismo citado que estaban dirigidas a elaborar el diagnóstico de las tendencias posibles del ciclo económico y reorientar la producción, la distribución y el consumo por medio de políticas económicas y sociales necesarias para conjurar la crisis que advertían cercana. La conclusión destaca la profundidad inicial de la intervención estatal en la política económica, como una ofensiva decidida para reestructurar las tendencias de la distribución del ingreso que dominaban desde los tiempos de la economía agroexportadora.

Los aportes realmente novedosos de este conjunto de investigaciones son, en la primera parte, los de Darío Macor respecto a la experiencia demoprogresista en Santa Fe y el de Mackinnon en relación a los orígenes del partido peronista. Los dos primeros trabajos, en cambio, insisten en la remanida perspectiva clasista de la izquierda para la cual todos los males que ha sufrido el país tienen su fuente en el accionar de la burguesía argentina. En la segunda parte, el artículo de Horacio Pereyra —producido hace ya casi veinte años— es un oasis para el lector por su claridad conceptual y su estilo elegante y ameno, en tanto que la novedad corre por cuenta de Patricia Berrotarán y José C. Villaruel en su análisis del Consejo Nacional de Posguerra.

Con excepción del de Horacio Pereyra, el resto de los trabajos comparte otra característica de los círculos intelectuales que mencionábamos al principio: el estilo farragoso, hermético y pseudo-académico de su lenguaje. Decir que en la organización del libro “sobresalen dos sistemas de pertinencia de naturaleza muy diferente”, hablar de “los perímetros, volúmenes y contenidos de la nación, la nacionalidad, la patria, la argentinidad”, “iniciar la indagación estableciendo (...) una clara distinción analítica entre los dos niveles articulados pero distintos en que opera la acción hegemónica”, ejemplifican claramente lo dicho anteriormente sobre un estilo que dificulta la lectura y la comprensión de gran parte de los artículos y los priva de la amenidad que todo lector espera de una obra, aunque ésta sea erudita.

En otro orden de cosas, se nota la carencia de conclusiones generales que ilustren al lector acerca de las posibilidades de reafirmación que tiene nuestra democracia en la actualidad a la luz de las experiencias analizadas y de cuáles serían los caminos a recorrer para consolidarlas.

ELENA PIÑEIRO DE SALAVERRI

¿REINGENIERÍA ESTATAL?

“La reinención del gobierno. La influencia del espíritu empresarial en el sector público”, de David Osborne y Ted Gaebler. Ed. Paidós. España, 1994. 494 págs.

A lo largo de la historia se han planteado largas discusiones y fundamentado extensas teorías sobre cómo debe ser el Estado; qué funciones debe cumplir y cuáles no.

Hoy el interés se dirige hacia el desempeño del gobierno. La gente espera más con menos impuestos, espera una gestión eficaz. Y entonces a partir de allí es que se vuelven a replantear todos los interrogantes que pueden resumirse en este: ¿qué debe ser modificado en el sistema para lograr el gobierno que la sociedad de hoy necesita?

En su obra, David Osborne y Ted Gaebler creen responder a esta pregunta. Su tesis principal es que así como frente a la economía industrial, que creó grandes y nuevos gobiernos y oportunidades a la vez, se reinventó el gobierno. Hoy, frente a la era postindustrial, debemos hacerlo nuevamente. Necesitamos un nuevo tipo de gobierno o mejor dicho, una mejor gestión de gobierno.

El gobierno de esa era industrial, con sus burocracias centralizadas, su preocupación por las reglas y regulaciones y sus cadenas jerárquicas de mando hoy ya no funcionan. El mundo ha cambiado y los gobiernos también deben hacerlo.

En estos tiempos está vigente la descentralización de la autoridad, el allanamiento de las jerarquías, la concentración en la calidad y el acercamiento a los clientes. Y los gobiernos deben adecuarse a esta nueva situación.

En su momento, el gobierno burocrático fue útil; funcionó como un método de organización racional y eficiente que venía a sustituir el ejercicio arbitrario del poder de los regímenes autoritarios. Pero a la larga, al intentar controlarlo todo se han olvidado de los resultados.

Hoy en día el modelo burocrático se vislumbra obsoleto frente a los cambios permanentes y veloces de la situación presente. Vivimos en un mercado global que ejerce presiones, en una sociedad en la que la gente accede a la información casi tan rápidamente como sus líderes. Y dado que la sociedad posee más conciencia es que requiere más resultados y mayor control sobre los procesos.

Así sucede que la exigencia de servicios públicos supera la capacidad de prestación, dada la escasez de recursos. Esta situación requiere hacer más con menos ingresos y explorar técnicas de gestión más innovadoras y económicas.

Para solucionar el problema del despilfarro dentro de la administración pública, señalan los autores, no podemos simplemente recortar ítems sectoriales. El gobierno es como los gordos que necesitan perder peso; tienen que comer menos y hacer ejercicio; en cambio, cuando el dinero escasea, se cortan unos cuantos dedos.

Por otro lado se postula la necesidad de crear un "gobierno empresarial" que esté más acorde con las circunstancias actuales que el gobierno centralizado del pasado. Ese gobierno debe seguir y respetar ciertas pautas que se estructuran a partir de diez principios. Se propone incentivar la competencia, el control ciudadano, la medición del rendimiento, la inspiración en metas, la prevención de problemas, la inversión de la energía en ganar y no sólo en gastar, la descentralización, la preferencia por los mecanismos de mercado y la dedicación a la catalización.

Los autores han tenido la capacidad de ejemplificar cada uno de los postulados con casos concretos y reales, mientras que la teoría que los respalda es concisa y se resume en los siguientes párrafos.

Un gobierno catalizador significa "mejor llevar el timón que remar". La palabra *gobierno* proviene de la voz griega que significa *llevar el timón de la nave, no remar*. Prestar servicios es remar, y el gobierno no es muy bueno remando.

La obligación del gobierno no reside en prestar servicios sino en asegurar que se presten y bien. Esto no significa una pérdida del poder, sino todo lo contrario; estos gobiernos toman más decisiones políticas; pero no más empleados públicos.

Los autores postulan principios sobre los cuales un gobierno debería moverse. Sostienen que es necesario crear competencia entre los proveedores de servicios. Los servicios deben ser prestados por terceros, pero su desempeño debe ser controlado por el Estado.

Cualquiera sea la opción que se elija (tercerización, privatización, etc.) lo que se delega es la acción de remar y no la de timonel. Además, el control debe ser compartido por la comunidad.

El sector estatal, tal como hoy en día se hace en el privado, debería medir el rendimiento de sus agencias no en función del gasto, sino de los resultados.

En nuestro país y dada la estructura presupuestaria y la "psicología" estatal, una dependencia es más importante cuanto mayor es la partida presupuestaria que le corresponde. Se torna así una "lucha" por obtener más fondos y no mejores resultados. Los incentivos deberían partir de la obtención de resultados y del alcance de metas.

Es mucho más fácil intentar superar y lograr metas si las distintas situaciones se miden. Si no hay información clara y objetiva, la mayoría de las decisiones simplemente se toman sobre la base de consideraciones políticas.

Cuando no se mide no se puede distinguir entre el éxito y el fracaso. Y así se pierde la oportunidad de aprender de los éxitos, de prever problemas y por otro lado de corregir los fracasos. A su vez, esa información debe ser proporcionada a los ciudadanos que en este contexto deben ser atendidos como a verdaderos clientes.

Otro de los principios postulados es la necesidad de invertir la energía no sólo en gastar sino también en ganar dinero. Así sostienen que en cada dependencia del gobierno se debería procurar pensar como un inversor, y de este modo maximizar los réditos a largo plazo. Sin embargo, creo yo, esto es bastante improbable que suceda, principalmente dadas las características del sector público. La periodicidad de los cargos lleva a que el gobernante busque resultados a corto plazo. En el mundo de la política se premian los logros inmediatos; para poder continuar en el poder el funcionario necesita poder mostrar resultados concretos.

Sería lo óptimo que tal situación se pudiera crear. Sin embargo, eso es especular con un cambio en la idiosincracia de los políticos y del ritmo de la política.

Es claro que en el libro se refieren a los funcionarios “de carrera” y no a los gobernantes electos, pese a lo cual las posibilidades para actuar están dadas por los “de arriba”.

Lo que sí se plantea como respuesta a los signos de los tiempos es la necesidad de descentralizar. Pero para ello es necesario capacitar a los empleados para que sean capaces de asumir mayores responsabilidades. Así, con empleados eficientes la responsabilidad sobre los problemas debe ir a parar al nivel de gobierno más bajo que sea posible. De esta manera, y cuanto más cerca está un gobierno de sus ciudadanos, más confían éstos en él y más responsables tienden a ser los funcionarios.

El libro hace aportes interesantes a la teoría de la reingeniería estatal o “reinención del gobierno” como ellos lo llaman. Sin embargo hay varias cuestiones que resultarían impracticables, al menos en nuestro país y dada la situación actual.

Considero esencial la teoría de la descentralización llevada adelante a través de la capacitación de los funcionarios y de una política de incentivos. Pero creo que para postular soluciones para el sector público debe considerarse y sobre todo tener en cuenta los vaivenes políticos que en más de una ocasión han llevado al fracaso a intentos de mejora del sector público.

En conclusión, la “reinención del gobierno” es necesaria, porque todos queremos un gobierno eficaz que esté a la altura de los tiempos, pero siempre hay que tener presentes las palabras de Alberdi: “...la repetición del sistema que convino en tiempo y países sin analogía con los nuestros, sólo serviría para llevarnos al embrutecimiento y a la pobreza...”

CONSTANZA ORTIZ

RELIGIÓN Y POLÍTICA EN USA

“Dios en América. Una aproximación al conservadurismo político-religioso en los Estados Unidos”, de Carlos Cañequé.
Ed. Península, Barcelona, 1988, 157 págs.

Aunque de primera impresión pudiera parecer que se trata de una obra que ha perdido actualidad, estimamos que su escaso conocimiento en nuestro medio —donde prácticamente no fue conocida— y la importancia del tema justifican esta reseña.

El autor es un sociólogo catalán que también estudió filosofía

en la Universidad Autónoma de Madrid, obtuvo un Master en Yale y se doctoró en Ciencia Política en la Complutense. Profesor de Historia del Pensamiento Político en la Autónoma de Barcelona, posee antecedentes más que suficientes para una obra de estas características.

Como lo aclara el subtítulo, el contenido del libro abarca el "fundamentalismo americano" y analiza los grupos religiosos que, como la Moral Majority, han expandido sus ideas —fundamentalmente político—religiosas— por televisión, convirtiéndose según el autor en un factor clave en el triunfo del presidente Reagan. Y, en nuestra opinión, su importancia se mantiene y resurge en los últimos tiempos en mensajes como el del congresista Newt Gingrich, actual líder del Partido Republicano (véanse los interesantes artículos actualizados sobre el tema en el último número de la revista *Veintiuno* —de la Fundación Cánovas del Castillo— de otoño de 1995).

Ya en la introducción Cañeque advierte que "pretende desarrollar algunos de los temas relacionados con el conservadurismo político—religioso en los Estados Unidos y con ese peculiar concepto romántico de una nación bendecida o apadrinada por Dios" (p. 19) y amenazada por permanentes y sucesivas minorías.

Una clara muestra de estas amenazas se aprecia, según el autor, en la severa discusión académica entre evolucionistas y creacionistas, que afirma "se estaba transformando en un debate entre Europa y América, entre la razón y la fe o entre la corrupción y la tradición" (p. 22).

Para Cañeque, la base de estos debates —y para nosotros quizás del término fundamentalismo, curiosamente puesto hoy de moda— radica en la publicación, en 1910, de los doce volúmenes de artículos teológicos llamados *Fundamentales*, con el apoyo económico del petrolero Lyman Steward, y que implicaron un severo ataque contra el modernismo.

El autor, desde una posición cercana al marxismo, no duda que se trata de un intento de crear un "idílico Estado rural" fundado en la moral y que se considera "profanado por una serie de forasteros".

Estas ideas —agrega— fueron adoptadas por ciertas sectas —mayormente bautistas— que convergieron en la Nueva Derecha Cristiana y en la Nueva Derecha Secular, sin tener en cuenta el peligro que supone "asociar una posición política con la voluntad de Dios", como observa el politólogo conservador americano Peter Berger.

El capítulo primero estudia las bases religiosas del movimiento fundamentalista americano, analizando cuidadosamente las ideas

de algunos de sus pastores representantes claves, siempre en clave dialéctica de modernismo—tradicción. En este aspecto no está ausente la importante corriente migratoria y su responsabilidad en el hecho. Cañeque aclara que la difusión de estas ideas adoleció de una simplificación y confusión que le permitió identificarse con el movimiento conservador en general.

Para el autor, una figura importante en la elaboración de esta concepción fue el Secretario de Estado William J. Bryan, que acompañó e influyó sobre el presidente Wilson, y fue precisamente durante la Primera Guerra Mundial cuando se produce el giro de la corriente fundamentalista hacia posturas mucho más definidas. También cabe agregar que el tema educativo se convirtió en uno de sus campos de acción básicos.

El capítulo segundo —titulado *La Paranoia del nativismo*— se refiere al aspecto de “cruzada” que adopta el movimiento, a su actitud antisemita y maniquea, incluyendo la aparición del Ku Klux Klan. El autor, desde su óptica socio—economicista, no duda en subrayar el papel que en estas radicalizaciones le cupo a la importante inmigración judía y católica, que “asustó” a la posible minoría protestante haciéndola más intolerante y agresiva. A ello agrega el brote anticomunista iniciado en la década de los veinte y que conduce al macarthysmo.

En el capítulo tercero, después de estudiar las bases del movimiento, analiza detalladamente la Nueva Derecha Cristiana actual, fundamentalmente vinculándola a la victoria presidencial de Reagan. Pero la información que proporciona supera con creces esa etapa y conserva gran actualidad para mejor entender los recientes grupos movilizadores de los Estados Unidos actuales.

Cañeque sintetiza su ideología en tres ideas básicas: liberalismo económico (social—demócrata), tradicionalismo social y anticomunismo militante.

Para el autor, “esta manipulación de Dios con fines políticos convierte algunas de las acciones internacionales llevadas a cabo por los Estados Unidos en verdaderas ‘cruzadas cristianas’” (p. 137). Y al leer este párrafo no podemos dejar de pensar en la expedición contra Iraq y también en las tan repetidas definiciones del politicólogo Fukuyama.

El último capítulo consiste en un breve estudio del pensamiento del intelectual neoconservador Reinhold Niebuhr, para muchos el padre de esta corriente.

Evidentemente tenemos muchas divergencias con la interpretación que efectúa Cañeque sobre las raíces político—religiosas de

la "derecha americana", pero se trata de un libro que nos introduce, con conocimiento y buena información, en un tema importante como es la mejor comprensión de la República Imperial.

FLORENCIO HUBEÑÁK

SEMBLANZA DEL VERDADERO RABIN

"Yitzhak Rabin. Héroe de la guerra y la paz", de Doron Arazi.
Ed. Herder, Barcelona, 1996. 208 págs.

El momento histórico vivido parecía adecuado para escribir una biografía sobre Isaac Rabin, el recientemente asesinado primer ministro de Israel. Pero más allá de esta obviedad, no se trata de un libro destinado a exaltar las virtudes del último "mártir de la paz" sino, muy por el contrario, de una importante biografía —escrita con seriedad y objetividad— por un historiador militar israelí. Tal la función de Doron Arazi.

Cabe empezar por señalar que su madre, Rosa Cohen —de origen bielorruso—, fue una estudiante socialista rebelde y una activista sindicalista sionista, compañera de Golda Meier en los Estados Unidos. Tesorera de la "belicosa" *Haganá* en Tel Aviv, falleció en 1937 cuando su hijo Yitzhak —nacido Rubitschov, ya que su padre había cambiado de apellido al llegar a Palestina y radicarse en un kibbutz— estudiaba ingeniería agrónoma en una escuela agrícola y —dada su importancia política— fue velada en la sede de la *Histadrut*.

Yitzhak, nacido en Palestina, se vinculó a la *Haganá* por medio de su mejor amigo y futuro ministro Yigal Alón —casi un hermano como le consideraba— y fue aceptado por el semi legendario Moshé Dayan. Estos jóvenes "guerrilleros" fueron una especie de boy scouts y para muchos el origen del ejército nacional israelí.

Por la desconfianza del primer ministro fundador Ben Gurión con el *Haganá*, Rabin —que logró incorporarse al ejército como oficial permanente— fue relegado a funciones de poca importancia y postergado en varias oportunidades por el Jefe de Gabinete y su ministro militar Dayan.

El autor no oculta la crisis de Rabin —entonces amparado por el nuevo primer ministro Eshkol— en ocasión de la Guerra de los Seis Días, en que le encubrió su segundo mientras era sedado. Arazi detalla que "a partir de ese momento volvió a desempeñar su trabajo con absoluta normalidad. Se negó obstinadamente a tratar los

detalles de la crisis y a describir las razones exactas de su momentánea debilidad. Lo que temía era entrar en un autoanálisis demasiado profundo. Esta crisis se ajustaba al modelo que había determinado su vida, ya desde su infancia. Desde su niñez, sus padres se ausentaban durante los ataques de los árabes en Tel Aviv y él pasaba horas solo y aterrorizado por el miedo. La historia irrumpía una y otra vez en su vida privada como una fuerza primitiva” (p. 93). De allí en más desempeñó un importante papel en la conquista de Jerusalén y ello le garantizó un importante papel en la historia.

A la muerte de Eshkol y con el ascenso al poder de Golda Meier —la amiga de su madre que le manifestó cierto instinto maternal— se convirtió en embajador en los Estados Unidos de América. Y tras la Guerra del Yom Kippur, Rabin —excluido de la misma— casi fue exigido como nuevo primer ministro de Israel por el oficialismo laborista, tras los frustrados acuerdos entre Golda Meier, Dayan y Alón. Como dice el autor, con él se pasaba “del mito de los Padres fundadores al mito de los hijos del Tzabár (zabra: nacido en Israel)” (p. 107).

El acceso al poder de esta nueva generación fue el origen de su “complicada relación” con Shimon Peres, al que consideraba “un sublime hipócrita” (p. 123). Este enfrentamiento caracterizó veinticinco años de la historia del laborismo y favoreció el ascenso del Likud con Menajem Beguin.

Es indudable que uno de los episodios más significativos de su gobierno fue la liberación de los rehenes en el aeropuerto de Entebbe, donde murió el teniente coronel *Jonathan Netanyahu*, jefe del operativo de rescate y hermano del actual líder del *Likud* y actual primer ministro.

Poco más tarde su esposa fue denunciada por retener ilegalmente una cuenta en Washington, circunstancia que calificada de “pequeño error” lo llevó a presentar su dimisión. Curiosamente esta actitud de sinceridad lo salvaguardó para el futuro ante la opinión pública, que volvió a premiarlo, tras el largo intervalo del gobierno de Beguin. Una vez más el único derrotado fue Shimon Peres, “ese insaciable intrigante” —como lo califica en sus memorias—. La muerte de su amigo Alón en 1980 lo volvió a lanzar a la lucha para contener a Peres y fue el “duro ministro de Defensa” de la coalición resultante.

Arazi hace referencia a su compleja personalidad, mezcla de timidez e hiperactividad; destaca su activo lenguaje corporal, muy estudiado. Era “pelirrojo y con unos ojos penetrantes como el rey David”, según se admiraba su esposa.

Triunfador en 1992, fue nuevamente primer ministro y en el reparto del poder Peres se convirtió en ministro de Relaciones Ex-

teriores. Desde allí llevó adelante la política pacifista de negociar con los palestinos, con la interesada despreocupación de Rabin. el éxito condujo a que ambos —y Arafat— obtuvieran el Premio Nobel de la Paz en 1994. Peres había triunfado por primera vez y se colocaba en la mira del terrorismo árabe —y también judío— pero arrastraba tras de sí al general Rabin —escasamente pacifista— y finalmente el destino pareció elegir a este como la víctima.

Pese a estar fuertemente custodiado y prevenido ante un posible atentado terrorista palestino, fue asesinado sorpresivamente con proyectiles dum—dum por un terrorista judío en noviembre de 1995, al terminar un acto público con más de cien mil manifestantes. Peres se había retirado antes, como apurado ante el inesperado abrazo pacifista que recibiera del Primer Ministro. El asesino afirmó haber intentado matarlo en nueve oportunidades, lo que habla bastante mal de los tan mentados servicios secretos israelíes.

Arazi concluye su biografía afirmando que “Rabin murió en la cumbre de su vida, reconciliado consigo mismo y con su mundo, rodeado del amor y la simpatía de las masas, y liberado del blindaje interior en el que estuvo encerrado durante toda su vida. Sus círculos vitales estaban cerrados. El general que durante la guerra de 1967 había ampliado las fronteras de Israel estaba a punto de cambiar los territorios ocupados por la paz. El guerrero que llevaba luchando desde su juventud iba a ser eternizado en la historia como el artífice de la paz. En los últimos tres años de su vida obtuvo la mayor de sus victorias: el triunfo sobre sí mismo y sobre los reflejos del conflicto en medio del cual había nacido y cuya carga llevó toda la vida” (p. 193).

Después de terminar la lectura de este libro, justamente en estos días, el lector queda con la sensación que el irónico Rabin debe estar sonriendo en el más allá — en el que probablemente no creía— de la nueva derrota de su correligionario y archienemigo: Shimon Peres.

A través de su biografía puede percibirse toda la historia política y militar de Israel, y este no es poco mérito de una obra seria y objetiva que no vacila en destapar las realidades de la política cotidiana de un estado moderno.

En síntesis, es una obra de lectura amena e interesante que permite acceder a un mejor conocimiento de los complejos años de la historia del Estado de Israel, de la vida y obra de sus constructores y, fundamentalmente, de sus querellas y dificultades internas que culminaron con el inesperado asesinato de un Primer Ministro, por obra de un israelí. Este es un aspecto que un politicólogo no puede dejar de meditar.

FLORENCIO HUBEŃÁK

CÓMO ACCEDER AL PENSAMIENTO POLÍTICO DE SANTO TOMÁS

S. Tommaso d'Aquino. *Scritti politici*. (a cura di Lorenzo Perotto, O.P.). Ed. Massimo, Milano, 1985. 573 págs.

Uno de los problemas más álgidos con que se encuentra el historiador del pensamiento político al abordar el estudio de Santo Tomás de Aquino radica en la dificultad que implica el tamaño de su obra escrita, para intentar rastrear en ella los textos vinculados estrictamente con la comunidad social y política. Este inconveniente ha llevado a la mayoría de los autores a limitarse al análisis del *Régimen de los príncipes* y del *Tratado sobre la justicia* de la *Summa Teológica*, relativizando de manera considerable el uso de las fuentes y la consiguiente riqueza del pensamiento tomista en estos temas.

Precisamente la obra que hoy comentamos —pese a su antigüedad— subsana este inconveniente, ya que el padre Perotto, O.P. ha llevado a cabo para uso de su cátedra en la Universidad de S. Thomae in urbe una cuidadosa expurgación de todos los escritos del Doctor Angélico buscando aquellos temas relacionados con lo político.

Como puede apreciarse a simple vista el resultado ha sido excelente, y aunque la obra esté redactada en italiano facilita al estudioso —y al alumno— el acceso a las fuentes, que luego puede cotejar en las ediciones en castellano.

Esta recopilación —de casi seiscientas páginas— es muy completa, y ordenada temáticamente abarca cuatro grandes partes: la autoridad política, el ejercicio de la función pública, los problemas de política económica y el dinamismo de la comunidad política, agregando sendos apéndices dedicados a los temas de la usura y del trabajo.

A su vez el autor agrega un interesante estudio sobre el valor del pensamiento político de Santo Tomás debido a la pluma del conocido estudioso Alejandro Passerin d'Entrèves y un capítulo introductorio-temático redactado por fray Raimundo Spiazzi, O.P. como ensayo de síntesis orgánica de la doctrina social del Aquinate.

La nómina de los doce trabajos de Santo Tomás utilizados para esta selección (*Del régimen de los príncipes, Comentario al Libro II de las Sentencias de Pedro Lombardo, Summa contra gentiles, Summa Teológica, Comentario al Libro Y de la Política de Aristóteles, La demora en el pago de la compra-venta, Del régimen de los judíos, Sobre el trabajo manual (quodlibetum VII), Contra los impugnantes del culto a Dios y de la religión, La*

perfección de la vida espiritual y Contra la venenosa teoría del no deber disuadir sobre las falsas religiones) confirman la seriedad del trabajo obtenido.

Una extensa y cuidada bibliografía completa la importancia de esta obra como herramienta indispensable de apoyo para entender y explicar el pensamiento social y político de Santo Tomás de Aquino.

FLORENCIO HUBEÑÁK

SOBRE LA COMPAGINACIÓN DE LOS CLÁSICOS

“El Libro II de la Política de Aristóteles. La autenticidad del capítulo 12”, de Francisco Martín Ferrero.
Ed. Universidad de Salamanca, s/f. 161 págs.

La prestigiosa Universidad de Salamanca, entre sus múltiples publicaciones académicas que son clara muestra del alto nivel de investigación allí logrado, y consciente de la importancia de difundir los trabajos de sus claustros, ha editado este estudio de Francisco Ferrero sobre la controvertida autenticidad del capítulo 12 del Libro II de la *Política* de Aristóteles.

Se trata de un estudio sumamente erudito, en el cual el autor analiza en detalle el Libro II y el capítulo 12 poniendo en duda la diferentes opiniones de los especialistas vertidas hasta la fecha, para inclinarse por una interpolación en el texto por parte de un editor posterior.

Esta cuestión nos permite llamar la atención sobre las poco citadas problemáticas de las versiones de los clásicos que manejamos; una de ellas es la compaginación del desordenado material original según los criterios subjetivos de los posteriores recopiladores, que produce muchas manipulaciones de los textos que atentan contra la coherencia lógica del sistema del pensador.

Los estudiosos, en general, han remarcado las dificultades de erróneas —y muy disímiles— traducciones de las obras y los consiguientes errores de apreciación, pero suelen omitir las referencias a este discutido aspecto de la manera en que hemos recibido la “herencia clásica”. En el caso aristotélico baste recordar las diferentes teorías sobre la compaginación de la *Política* y, por ejemplo, el conocido reordenamiento propuesto por Jaeger.

Ferrero no duda de “un acercamiento diferente al problema” desde que se aceptó que su composición fue el resultado de “un largo